



M^o Dolores López Díaz
Jesús Pino
M^o Antonia Ricas
Manuel Quiroga Clérigo
Elisa Romero
Virginia A. Lobos
Miguel Ángel Curiel
Adelina Esteban
Jesús Rubio
José López Rueda
Ángel del Valle Nieto
M^o Auxiliadora López
Manuel Fernández Nieto
Paco Morata
Juana Marcello
Gonzalo Enguita
M^o Isabel Ralero
Rosa Zaba
Amparo Ruiz Luján
Isabel de Freyre
Catalina de Ebia
Joaquín Copeiro
Julianna Gallardo Laufenberg
Juan Carlos Pantoja Rivero

Ilustraciones:
Luis Riaño
Jesús García

HERMES

REVISTA ESTACIONAL DE POESÍA

Hermes 22. Toledo. 2002

Revista Artesanal de Poesía

Dirigen y coordinan:

María Antonia Ricas y
Jesús Pino

Edita: *Hermes4*

Consejo editor:

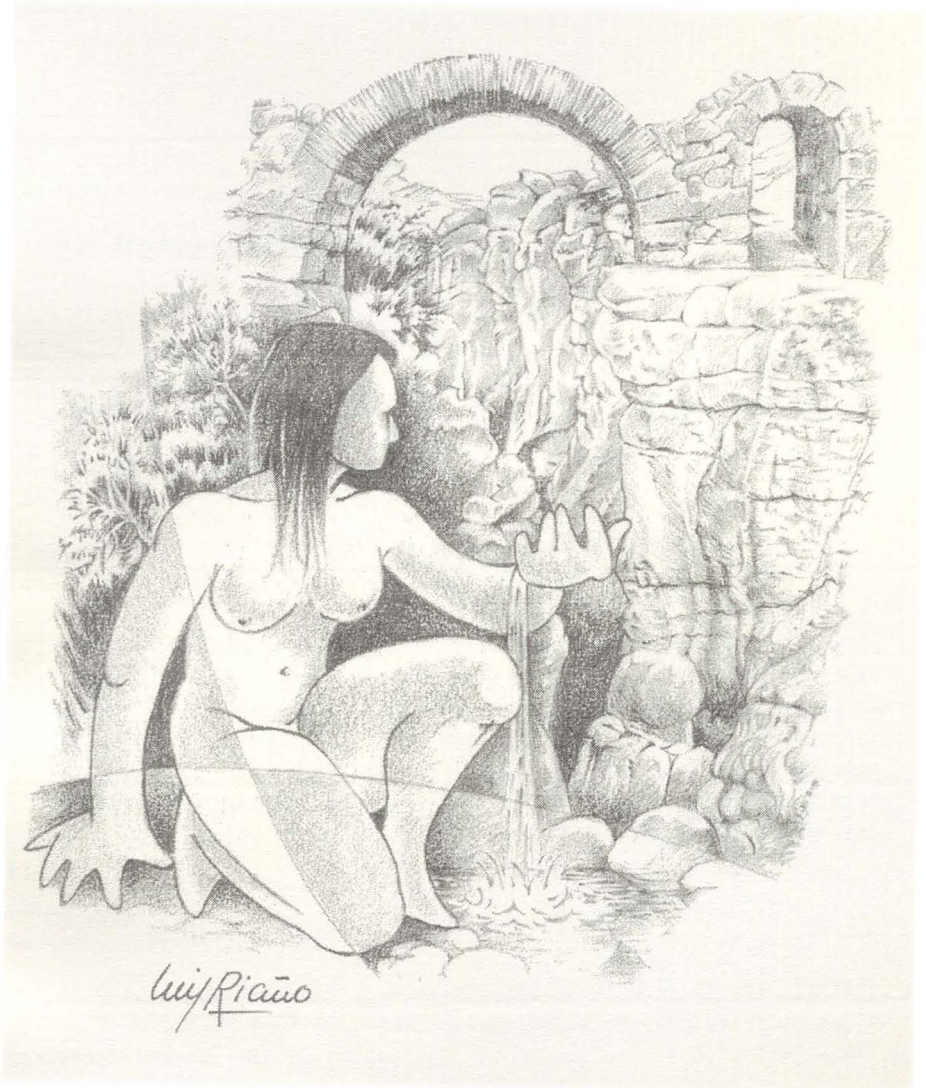
Jesús Pino
María Antonia Ricas
Joaquín Copeiro
Juan Carlos Pantoja Rivero

Depósito Legal: TO-654-1995

ISSN: 1135-4801

Portada: Lucía Ruiz

HERMES 22



**INVIERNO.2002.
REVISTA ESTACIONAL.TOLEDO**

M^a Dolores López Díaz

Mea culpa

«... alguna vez se olvidarán las culpas, se
emparentarán los vivos y los muertos.»

(Alejandra Pizarnik)

Qué bien, qué bien, qué bien
Era horrible, horrible, horrible

¡Si se enteraba la gente! Y seguro que se enteraba, porque esas cosas siempre acababan sabiéndose. Le daba igual. Que le quitaran lo bailado. Y con todas las vacaciones por delante. Él no tenía más remedio que quedarse porque le habían suspendido tropecientas. Ella también se quedaba. ¿Dónde iba a ir que más valiera? Como mucho, algún fin de semana a la playa. Estaba loca, loca perdida. Pero, por una vez, estaba haciendo lo que quería.

Lo-que-que-rí-a

Sólo se lamentaba del tiempo que había perdido. Desde el fatídico instante en que, al volver la cabeza del encerado, sus ojos se encontraron con los de él.

Y el corazón le dio un vuelco
Y se puso colorada
Y le invadió una alegría salvaje
Y se dio cuenta de que se había enamorado

A su edad. De un alumno. Que ni siquiera era buen estudiante. Más bien un desastre. Pero tenía una mirada tan inquietante, una sonrisa tan bonita, un acento tan gracioso hablando inglés y una nuca tan, tan...

Al principio la cosa había sido un poco violenta porque él estaba muy cortado y ella paralizada por la aprensión. Pero había sacado fuerzas de flaqueza y, con una sangre fría pasmosa, se había tragado

Orgullo
Prejuicios
Dignidad
Miedo
Remordimientos
Educación
Categoría
Deber
Conveniencia
Enseñanzas familiares
Amenazas religiosas
Treinta siglos de convenciones

y se lo había llevado a casa, lo había desnudado y se lo había beneficiado. Tal cual. Pervertidora de menores. Inmoral. Libertina. Una indecencia.

Genial

Claro que hasta llegar a ese punto ¡vaya calvario! Todo el día

pensando en la película aquella en que Annie Girardot se enamora de un alumno y acaba suicidándose. Y él dejándole mensajes en el contestador. Que si había perdido los apuntes, que si tenía una duda. Y siempre en primera fila. Y acercándose a la mesa después de clase a preguntár chorradas. Y haciéndose el enconadizo a la salida. Eso cuando no coqueteaba con las compañeras. Y ella esquivándole y procurando hacer como si nada. Pero temblando como una quinceañera. Y la humillación de tener cuarenta y dos años y estar enamorada de un chico de diecinueve. Que podía hacer de su persona y de su reputación lo que quisiera. Y la mala conciencia. Y el deseo incontenible de ponerse el mundo por montera, de lanzarse al abismo.

Un deseo irrefrenable
Imposible de vencer

¡Y qué Semanita Santa! Encerrada en casa esperando una llamada. Y el teléfono sin sonar. Y eso que lo había planeado todo a la perfección. Y se había comprado una ropa interior maravillosa. Pero falló la pieza clave. No se atrevió. O no quiso. Era natural, con la de jovencitas tan monas y tan poco problemáticas que había ¿cómo iba nadie en su sano juicio querer enredarse con ella?

Una ilusa
Y una idiota

En lugar de irse al Caribe con sus amigas, fiarse de la palabra de un chaval de diecinueve años. Que la llamaría para hablar. Que tenía problemas. Que ella era la única persona. ¡La única imbécil! Aunque en el fondo se había sentido aliviada.

Adiós espejismo
Y sin pasar a mayores
Estupendo

Pero no. No era estupendo. Era triste. Triste y aburrido. Nada tenía aliciente. Todo le daba igual. Él la huía. En clase se sentaba en la última fila y en cuanto sonaba el timbre salía escopetado. Ella no dejaba de repetirse que era lo mejor, lo más conveniente. Pero eso no la consolaba. Al menos cuando sufría sentía que estaba viva. En cambio ahora no tenía claro si era vegetal o animal. Una acelga, un apio, a lo más una oveja.

De casa al instituto
Del instituto a casa

No le apetecía ir con sus amigas. No le apetecía viajar. Estaba harta de viajar. Viajar por viajar, por huir, por sentir que hacía algo, por convencerse de que se divertía, de que su vida tenía sentido.

No aguantaba más
Quería verle
Quería oírle
Quería tocarle

Tenía que arriesgarse. Si le hacía un feo o le daba un desplante, mala suerte. En cualquier caso, era difícil estar peor de lo que estaba. Y al menos dejaba de ser acelga por un rato.

Así que, muerta de vergüenza, había cogido el teléfono y lo había llamado. Él, pasado el primer apuro, se había lanzado a la aventura con el ímpetu de sus diecinueve gloriosos años. Algunas veces se le había presentado en casa a las ocho de la mañana encendido, enloquecido. Jamás se había imaginado ella que pudiera sucederle algo semejante. Cómo se alegraba de no haberse casado. Todas las desilusiones, todas las soledades, las daba por buenas, por bien empleadas. Estaba viviendo.

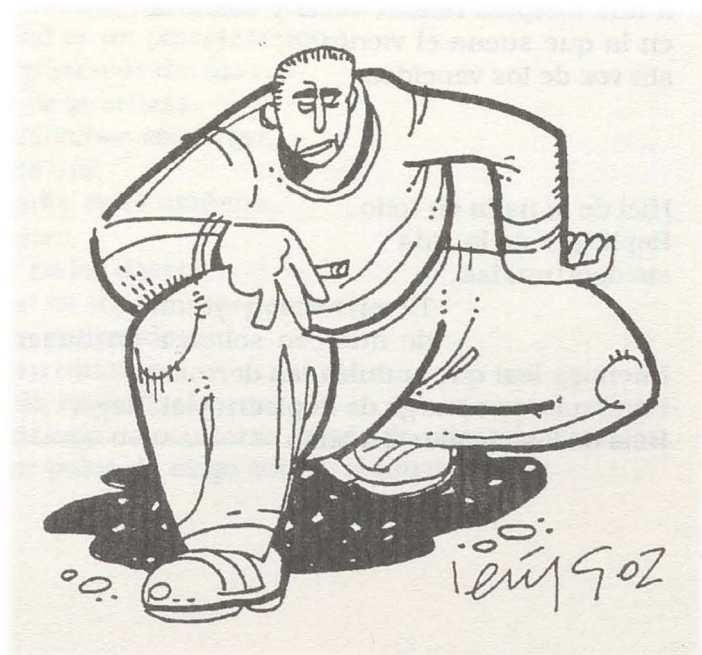
Sin freno
Sin límite
Sin red

Se prestaba a todo lo que él quería. Hacía todo lo que le pedía. Todo. Cualquier cosa. Nada le parecía mal. Hablaban poco. Él dormía a ratos. Ella le daba dinero para que comprara videos, revistas, porros, lo que quisiera. Le hubiera comprado la ciudad entera. Toda la ropa, todas las motos, todos los coches. Todo. Absolutamente todo. Pero apenas salía. Los pocos huecos que tenía se iba a la peluquería. O a hacer la compra.

¿Qué diría el portero?
¿Y los vecinos?

Porque él entraba y salía a todas horas. Que dijeran Misa. No le importaba. Por la noche, cuando se iba, aprovechaba para limpiar y hacer algo de comida. Sobre todo dulces. Era muy goloso.

(Continúa, pág 77)



III

La parte femenina del olvido
es esta gris perseverancia.

Niebla o brutalidad
de un pájaro acuoso.
Un aletazo brusco
contra el cristal del aire.

La parte femenina del olvido.
Una mancha de azúcares y sales
cegando al corazón
las rojas extensiones de su vuelo.

IV

Las aventuras del amor terminan
cuando las mariposas vuelven
a sus nombres científicos
y el orden de los días
borda en los calendarios su ritmo de potrancas.
Cuando la soledad es un paisaje mudo
entre los dos crepúsculos del ojo
y la fastuosidad de la belleza
renuncia a ser asombro cotidiano.
Cuando nada nos une
al hondo resplandor de la mañana
y las calles carecen
del virtuoso olor de los deseos.
Cuando la noche es lúgubre inclemencia
y la piel es olvido resignado.
Cuando un pájaro cóncavo
únicamente vuela en las palabras.
Es entonces el tiempo de ocultarse detrás de una columna
o dedicarse a dar palos de ciego contra el amanecer.

V

A los cincuenta y cinco años
conviene ser prudente,
no mostrarse grosero con la vida,
cultivar la paciencia y la sonrisa
con tanta educación como decoro.
Y al cabo y letra clara
pedir con humildad a quien se deba
llegar bien de salud y juicio sano
a cumplir el siguiente como menos.

VI

Ahora lo sé.
Vinieron a por mí con disimulo. Vinieron
a llevarme, entre aplausos y mimos,
con la más cruel coartada que rinde al corazón
y deja a la inocencia sin refugios.
Vinieron por los lados más dulces de la vida:
por los lagares de las fotografías,
por los veranos de los dormitorios,
por los mares y selvas que jamás existieron
salvo en los camposantos de la imaginación.
Como un alud horizontal vinieron.
Como un tropel de llaves y timones.
Sin atender al lujo
de las hierbas gigantes y los días sin noches.
Ahora lo sé. Ya tarde. Ya arrojado
al abismo extranjero de los nombres,
al diccionario ajeno de las calles,
al reencuentro asombrado de la ausencia.
Ahora lo sé. Vinieron a por mí para entregarme
a esta culpable voz de la memoria.

VII

Cuando nos limitamos a ser nada,
-rábanos del reloj, clavos del orden,
espejos de rutinas,
respiraderos trémulos del frío-
la nada es más que un vértigo de nieves,
es una sumisión, una caída,
una infidelidad,
una tragedia
que nos devuelve al cámbrico del alma.

VIII

No odiamos el reloj
sino su asalariada connivencia
con el orden burócrata del día,
con esa fuerza hostil que nos transforma
en esclavos felices y tranquilos
frente a la carroñera libertad del sueño.

IX

Me engaño si no escribo.
Y si escribo me engaño nuevamente.
Presumo de estar vivo
y ser inteligente.
La verdad es mentir líricamente.

X

El vaso lleno de agua.
La montaña y la sed.
La montaña meciéndose en el agua.

María Antonia Ricas

Dime cómo volar

Si levantas tus brazos dilación
del aire en los tendones
una plisada gasa que descubres

si abre el viento tu pecho y la impureza
de una perla se escinde impetuosa

si has recogido plumas
que la punta del cormorán regala
de su torso

con cuidado en las curvas de tus hombros
regeneran la fuerza

Si la plumada
de la memoria yerra
hay un imán muy alto levantando
lo que había aplanado la amargura

Pierdes el ángulo
la cicatriz del filo de esas cosas
que hieren

tersas tu piel como un claro vestido

sumas hélices finas engranajes
de una máquina que fabrican las ye-
guas
de Altair

Aunque torpe no cejas
aunque lisiada a golpes con estrías
de carros de combate
esmeras la distancia para el brío
ejercitas
la rotación del cielo
igual que tu foulard
de amazona sin barro sin paredes

Aceleras un paso
y prendes combustibles en tu risa

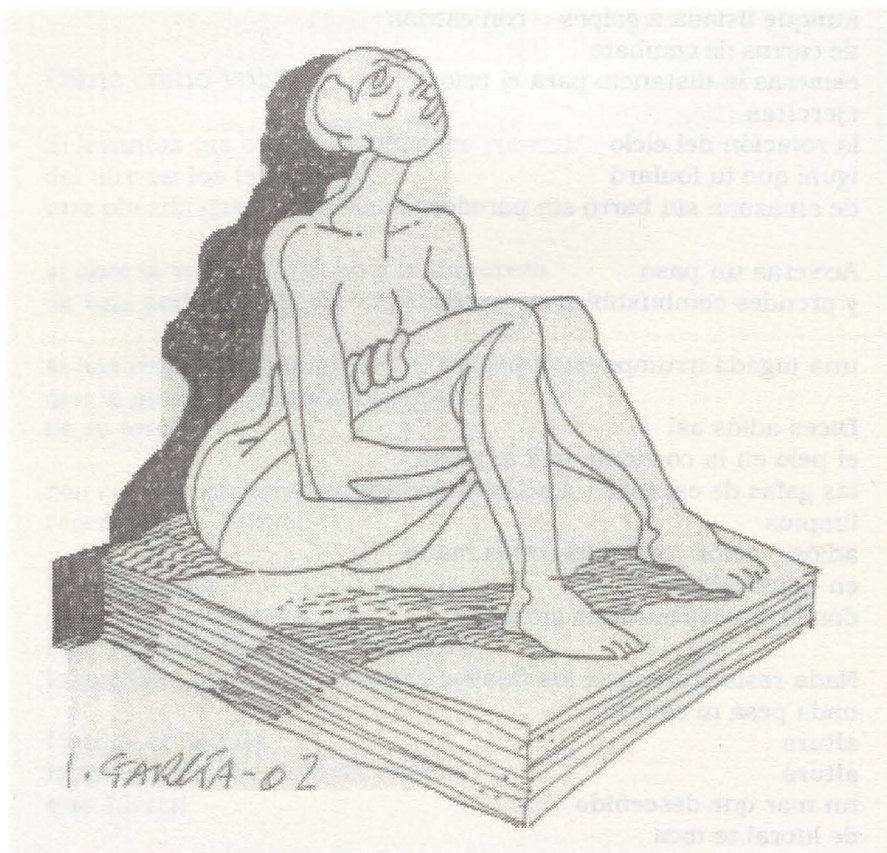
una jugada irrumpe en el peligro

Dices adiós así
el pelo en la corriente que lo peina
las gafas de escapar los instrumentos
limpios
adiós adiós saludas con la mano
en águila divisas
dónde puedes burlar la gravedad

Nada resiste atento a los finales
nada pesa ni estorba
altura
altura
un mar que desceñido
de litoral te toca
los talones

el cielo abajoarriba el cielo riza
los antiguos reflejos indecisos

Si ya puedes volar si nada estorba
dime cómo perderme
ahora que me he ido Amelia Earhart



Manuel Quiroga Clérigo

POEMAS DEL SUR

Más allá de este mar

Para Asela

Más allá de este mar, al otro lado, siguen las guerras, siguen las batallas, esas intensas tardes de metralla, los combates calcinando la tierra, asegurando huérfanos, asesinando. En despachos ovales educados políticos dan órdenes precisas, con palitroques de oro señalan en sus mapas los lugares del odio, los objetivos tácticos (trincheras, almacenes de grano, niños
[quietos])

Es esta civilización aún desperezándose. Es el terror legal contra el horror fanático, la razón de las armas. Mientras, suave, se mece este Mar Mediterráneo; sus aguas van lamiendo las rocas, moviendo las arenas, regando las orillas, dejando una oración en las vacías playas. Nos cuesta comprender tantos rencores ciegos, la inutilidad de bombas, napalm, sangre, sangre, los resortes del mal, esa legalidad que permite la muerte. ¿Dónde están las semillas del amor, los afectos pasados?.

Sólo quería el mar

Para Raquel Burgos

Sólo quería el mar, estar
en esta orilla con el agua hasta el borde
y las aves llegando donde llegan las olas.

Sólo quería el mar, olvidar madrugadas
de dramáticas notas, de esas músicas
tristes que hirientes arreciaban.

Sólo quería el mar y el horizonte azul
y la bruma infantil que cubre la montaña
y estos eucaliptos meciéndose pacientes.

Sólo quería el mar, poder huir al fin
de alguna dictadura de famélicas órdenes,
de ámbitos cerrados sin olor a manzanas.

Sólo quería el mar. Es lo que tengo ahora,
con unas rocas quietas espiando mis pasos,
con esta playa suave que encierra libertades.

Almuñecar, 30.11.2001

Música

Para Pilar

Nacían amapolas en tu paso de espejos.
Eras ave emigrando hacia las primaveras.
Las olas de jardines eran pasto de voces.
Te movías paciente como vals renovado.
No cesaba tu cuerpo de dibujar presencias.

Espacios de silencio nos traían quietudes.
No quedará desnuda tu espalda de horizontes.
Sólo sombras pacientes recorrían tus alas.
Robaban mil retablos a tus mudas imágenes.
Hubo huellas de nieve en todas las ventanas.
Qué etiquetas de aire te estarán esperando.
Serán balcones blancos inaugurando frases.
Aún quedan planetas con las músicas nuevas.

Córdoba

Hay un jardín temprano aunque vistoso
con rosas que despiertan y otras flores.
Hay un altar de oro y hay olores
de incienso y cera, algo poderoso.

Hay olor a azahar y mil colores.
Corren las fuentes circundando el foso
de las torres que ayer ante el acoso
protegían a fieles moradores.

Hay murallas de antiguos esplendores
y campanas que anuncian madrugadas.
Averroes nos mira ensimismado.

Hoy Córdoba revive su pasado
de Mezquita y almenas, de pisadas,
de cultura, hermandad, sin desamores.

Córdoba, 1.12.2001

Oh musa

Triste quedó la noche tras tus pasos
como triste quedó la madrugada.
Tras tus pasos, repito, quedó nada
igual que quedó nada en nuestros vasos.

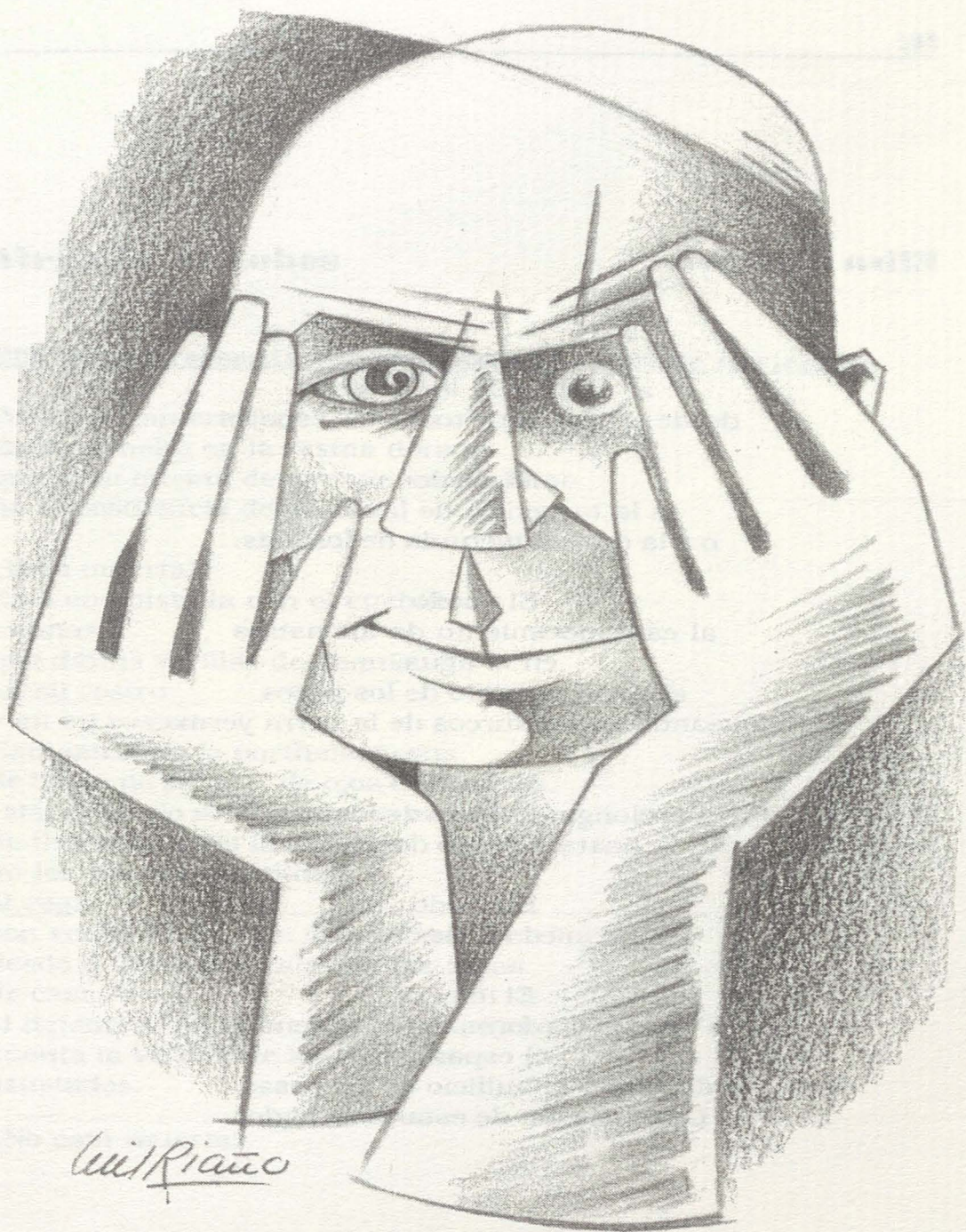
No hubo sexo ni amor, tampoco abrazos,
pero hubo una noche enamorada,
el humor y la risa, sin almohada;
una noche que, al fin, se hizo pedazos.

Te fuiste hacia la niebla apresurada
que te acogía dulce entre sus brazos
con tu porte de rosa perfumada.

Con tu olor a membrillo dejas trazos
de primavera verde y extasiada,
de campanas, guitarra, aldabonazos

o alguna primavera silenciada.

Córdoba, 2.12.2001.



Luigi Riccio

Elisa Romero**El miedo**

al acecho de los ángeles
desde el azogue de todos los espejos.

El miedo

a la turgencia de la noche
o a la dureza menuda de los días.

El miedo

al estremecimiento de los astros
en el agua,
al perfil repetido de los peces
boqueando en los surcos de la tierra yerma.

El miedo

a prolongar la duda de los cisnes
hasta el fondo del lago.

El miedo

al miedo de los otros.

El temor

a olvidar las formas de la esencia;
el espanto
de perder el bullicio de las cosas.
La sensación de estar sobrando.

Virginia A. Lobos

Ella cumple sesenta y cuatro años el nueve de noviembre

Pero está muerta.
Está envuelta en la resina dorada
que si se quema desprende un perfume
no la pestilencia del olvido.

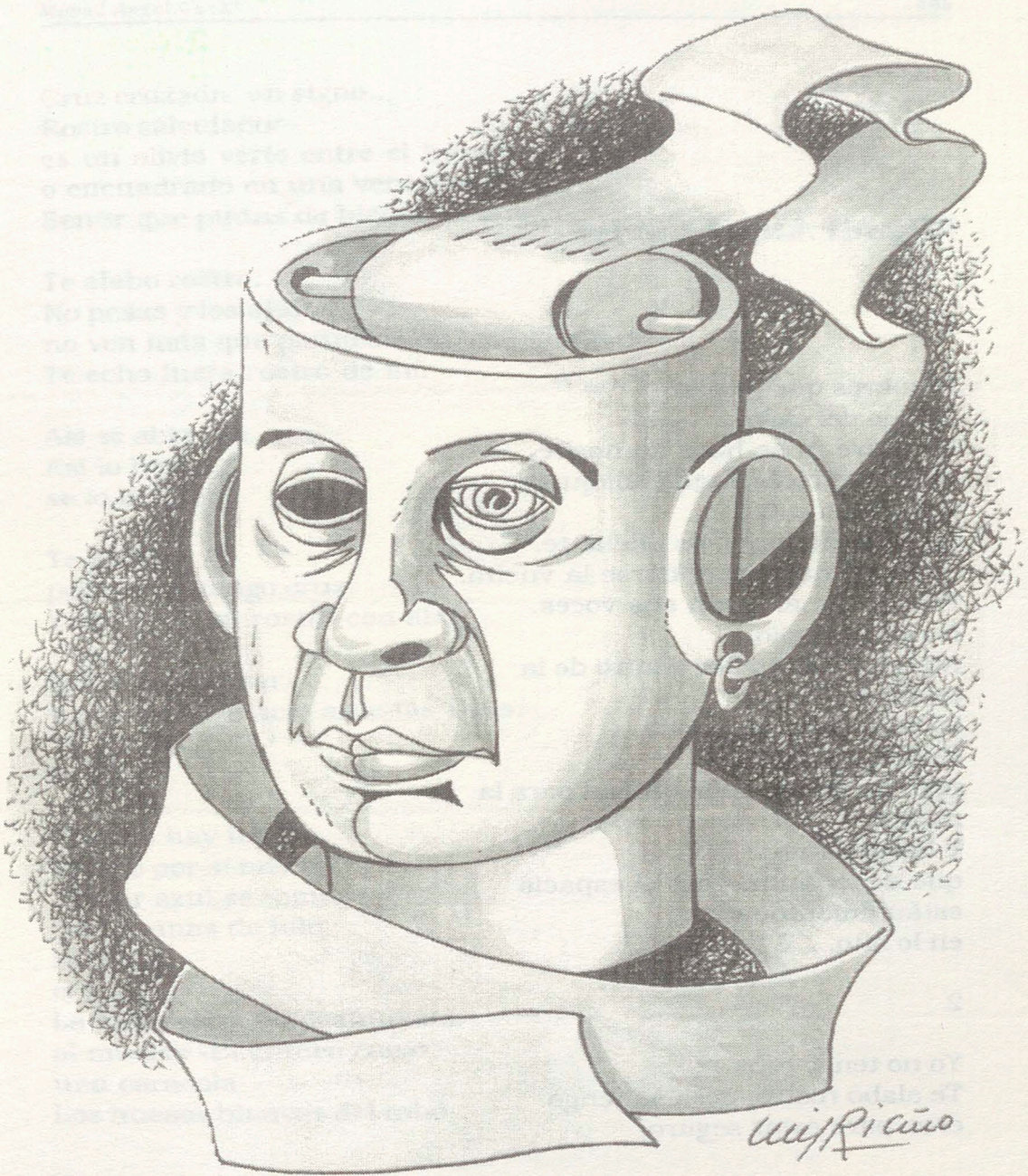
¿Está muerta?
Está enemistada con el cuchillo
culinario
que dibuja varillas de abanico
en su rostro
y en mi rostro.
Está mirando la parthenocissus
de hojas de sangre, de ojos de medusa,
está dudando si ensartar las cuentas
de thoracine para la pulsera
de los presentimientos,
si regar
con vodka la oración que le remito
desde el limpiacristales de las amas
de casa,
si detenerse en su ventana, un pájaro
cuenta la verdad de los amantes
asustados.

¿No está muerta?

Me pongo
su vestido elegante, su demora
deliberada
en llegar
a los recitales, me llamo ANA,
me llamo
ANA,
gas de garaje, torpe salvo un verso,
negada para el carro de la compra,
para las cuentas, para el fuego, estoy
muerta,
desordenada,
muerta.

Me llamo ANA,
preciosa ANA.

No, estoy viva.



Miguel Ángel Curiel

1

Hombres que pasean
debajo del cielo.
Ni llueve ni se hace de noche.
Una hora redondeada allí queda
debajo del cielo.
Ningún día hay más adelante.
Nadie se quejará al darse la vuelta.
Pasean, se arrugan sus voces.
No es tan bello.
No hay duda ni flor dentro de la
madera.
Si se hiciera de noche.
El Sol ya vuelve
pero no habría oportunidad para la
niebla.
Y las piedras
que deberían marcar el espacio
están amontonadas
en lo alto...

2

Yo no tengo cruz.
Te alabo rostro, pero no tengo
cruz para estar seguro.

Cruz cruzada, un signo...
Rostro calculador
es un alivio verte entre el humo
o encuadrado en una ventana.
Sentir que pintas de blanco la cruz.

Te alabo rostro.
No pesas y los ojos
no ven más que pañuelos en los palomares.
Te echo fuera rostro de mí.

Así se ablanda.
Así lo besen y
se lo oculten.

Te alabo
pero yo no tengo cruz.
Y no cruzo mi rostro con aire.

He de descansar
y estar en silencio ante las uvas.

3

Casi no hay nada
blanco por sí mismo.
El mar azul se rompe
las sábanas de hilo,
la leche,
el papel.
La naturaleza ha desnudado
al muerto -El cráneo como
una caracola-
Los huesos blancos del rabo.

Encajan piezas.
Dientes azules que mastican oro.
El pelo que me peina la música.
-Yo digo la blanqueza-
Y de noche olas negras
rompen
con más blanclura.



Adelina Esteban

Jardín francés

Descansa,
no está el peligro de una mordedura,
de gestos insumisos
en un leopardo
que duerme.

Han trazado
geometrías de serenidad;
han doblegado
raíces
que huelen a fermento o a enterradas
criaturas del ansia de otro mundo.
Han dispuesto
que la pupila
se calme en proporciones de dibujo
azulado allá, hasta el estanque suave
de las ninfas
perpetuamente huyendo de su mármol.

Descansa
entre la consonancia de las dalias,
en el pensamiento del jardinero
real
cuando poda y se cree un dios de abril,
un demiurgo.

Baja los escalones mereciéndote
el equilibrio
pues la razón está
de tu parte, y la renuncia al caos
confiere a tu semblante una belleza
confiada
que camina despacio.

Las ramas del veneno
vierten distantes, locas, su delirio;
las corolas marchitas nunca existen,
culebras regurgitan en ocultas
acequias,
el olor contagioso expele fuera
y el leopardo duerme
con un bozal dorado y caedizo.



I. GARCIA. 02

Jesús Rubio

Antología de Marasmo(IV)

PEDRO DE ORTEGA Y VALENCIA (1520?-1590?) La razón por la que aparece en esta antología es porque su *Romance de la Mar Austrial*, y su *Lluvia Infinita*, en las que relata en verso y prosa respectivamente, su viaje de descubrimiento de las Islas Salomón, fueron descubiertos cuando este antólogo residía en Marasmo y fueron publicadas, antes de ser recopiladas, en *La Pasión de Marasmo*. Ofrecemos aquí un extracto del *Romance*... Los interesados en la *Lluvia Infinita* pueden dirigirse al Ayuntamiento de Guadalcanal (Sevilla), localidad natal del descubridor (y de este antólogo) y donde se publicó de manera íntegra el relato.

I

Las estrellas quen la noche
iluminan el gran cielo
de ser voluvle cualquiera
no han de ser obra ni anelo
sino guías que Díos hiço
por mostrar con haz certero
la luz al rei don Felipe
y a los suios marineros...
(...)

II

...nadie en la armada aviada
nadie solo el poco cuerdo

en oro menos pensara
quen ganarse el mesmo cielo
quello solo se recuerda
con el bolso bien repleto...
(...)

IV

... la sombra de la discordia
como una flor se enjendraba
con las jornadas crecía
qual si por la mar regada...
(...)

X

... nada mas mudar al norte
casi nos dimos por muertos,
se separaron las naos
y no volvimos a vernos,
quel demonio es quien dirige
de aquellos lares los vientos...
(...)
...y la jente alli rezaba
y pedia el favor del cielo:
que fuera vista la tierra
o que finase el infierno
pues sin comida los hombres
y sin velas los veleros
solo una mano divina
enmendara aquel entuerto;
mas fuertes fueron las lagrimas
y aun mas fuerte los rezos
el caso es que como se ha dicho

Dios vela a sus marineros
 cierto es que vimos por fin
 metidos ya en año nuevo
 la linea clara de costa
 se perfilara a lo lejos;
 mui grande fue nuestro jubilo
 mas grande aun el revuelo
 el caso es que eramos salvos
 y tamen todos enteros...

JESÚS RUBIO (1968) Obligado, contra mi parecer y el de otros muchos, a ser incluido en esta selección, he optado por seguir el juego que el gran Pere Gimferrer realizó en Blanco y Negro. El gran poeta catalán seleccionó sus diez mejores poemas y de ellos, entresacó sus diez mejores versos. Su obra resumida en un folio. Mi obra, diseminada en publicaciones de Marasmo, Toledo, Madrid, Palma de Mallorca y otras ciudades de España se reduce a un sólo libro, *Inventario*, en el que aparece incluido el Romance de la Mar Austrial de Pedro de Ortega, que en esta antología también se extracta. Los interesados en *Romance e Inventario* (1997), del que se habrán vendido dos o tres ejemplares, pueden dirigirse a Imprenta Belmar, emplazada en la localidad murciana de Espinardo. De todas formas, aquí va la selección. En algunos casos es un verso, en otros dos, y en los de más allá, los menos, una estrofa. Entre paréntesis se consigna el título del poema.

«Entonces conocí su gran secreto:
 que sólo teme al trigo y la cebada».

(*Viento desnudo*)

«Mas era la parra, siempre ella, la que daba sombra al regocijo».

(*Agostos de cal*)

«El ángel de las mil dagas de cobre...»

(*Sopa de letras*)

«...Declaradle la guerra a la nostalgia».

(*El erial*)

«La vida su vuelo alicauto emprende...»

(*Paisaje*)

«La pasión es un diamante
a duras penas cristalizado».
(Todos de perfil sangran).
«El alcohol,
segunda sangre...»
(Sueño etílico)
«El tiempo como saeta se derrama...»
(Noche de guardia)
«He aquí la raza que todavía engendra hombres».
(La tribu)
«Y las estrellas,
marcadas a fuego por el hombre,
con luminosas lágrimas emborronan
la aterciopelada pizarra de la noche».
(Nocturno)
«Que sólo los cegados de horizonte
recorren la mitad del sendero.»
(Utopía)
Vendrá la dama que confunde...
(La sal y la carcoma)
Y serás siempre mi Cruz del Sur.
(A Isabel)
Y Paula, las pupilas como panes...
(A Paula)
Conoce ya los rincones de la noche.
(A Lucía)
Los ecos que domaron el acero...
(Liras)
Los dioses morirán. Nadie lo duda.
(Soneto U)
Rasga el viento su tristísimo violín.
(...)... y entrega la memoria su armadura.
(Soneto IV)
Luna: en toda mi vida es lo que he sido.
(Soneto VI)

Creemos en los gatos libertinos.

(Soneto VIII)

Y sólo el astrónomo y su ciencia
o el perro que a la luna hace temblar
ven la danza del viento con la rama.

(Soneto XI)

Se calzará pantuflas nuestro fuego.

(Soneto XIII)

He teñido mi abrigo de saudade.

(Soneto XIV)

Intensamente, amor, intensamente.

Luna y latido, agua, tierra y fuego.

Vino y crema, manzana, miel y espliego.

Cálidamente, amor, cálidamente.

(Soneto XV)

Esto pretende

ser poema y no juicio

y por ello regreso

sumisamente a diario

a una tarde de julio mejicana

que sólo los ingleses

desean olvidar.

(Maradona)

Ahora sé lo que siente el guardameta

en su séptimo viaje hacia la red.

(El guardameta)

Pecadores que manchan los claveles

en los que mora, ávido, el futuro.

(...)

Convencer a la pérfida serpiente

que sólo tu sonrisa me importaba.

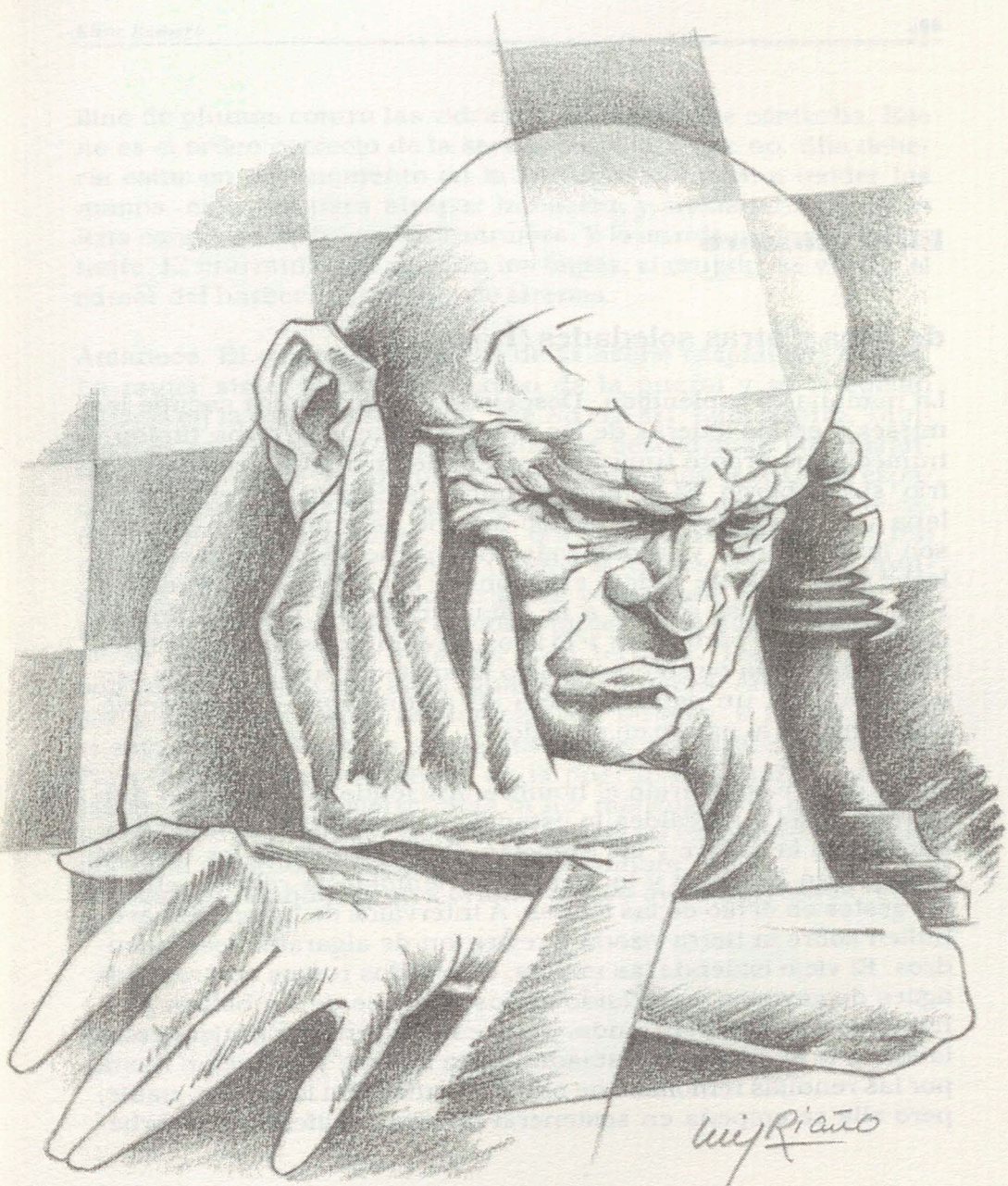
(...)

Escarcha tras escarcha...

(...)

La canción de la gota en el lavabo.

(De Balada del Carcelero)



Elisa Romero

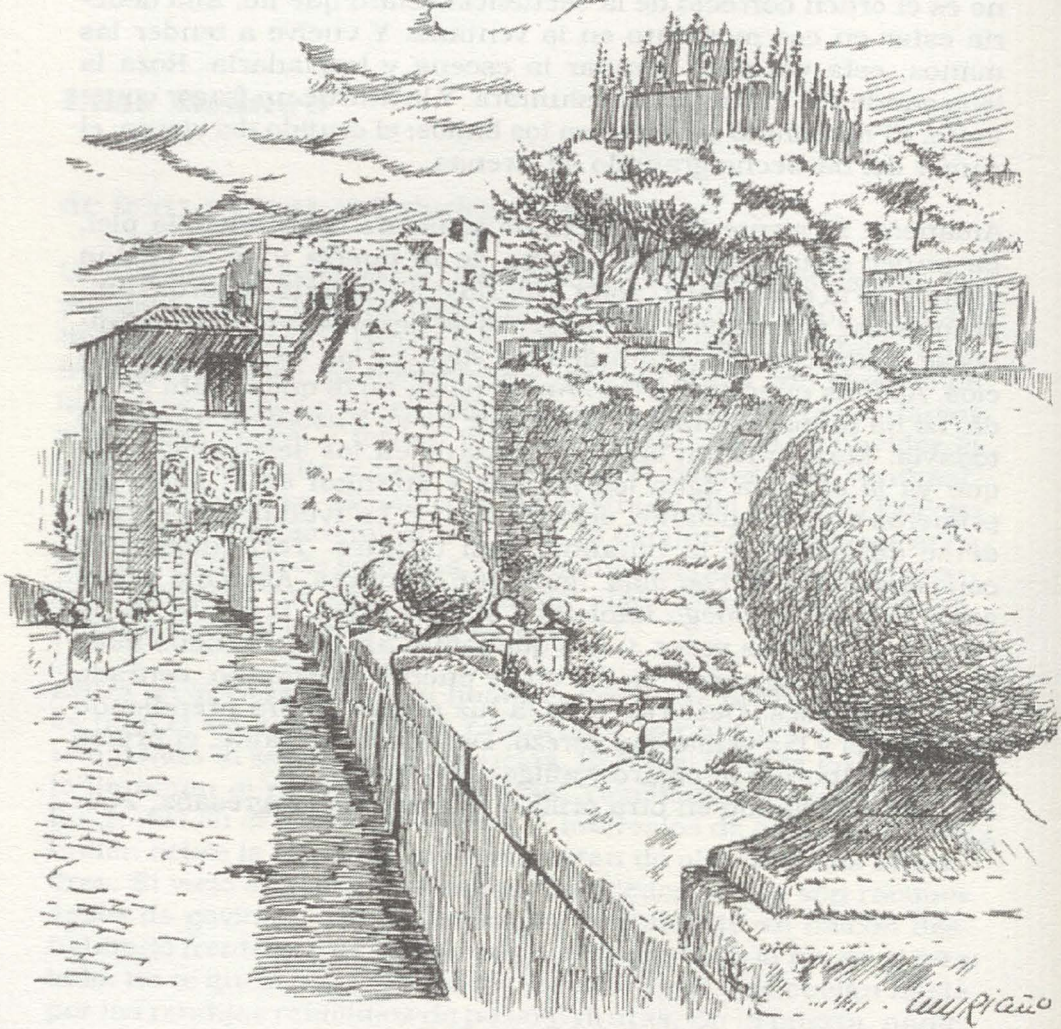
de islas y otras soledades / Ítaca

La mañana es espléndida. Despejada. Ya la alondra sacude las mieses y en las laderas de los montes crece una yerba tímida y húmeda que pronto tupirá las calvas del invierno. Todavía hace frío, sin embargo. El hombre se cubre la cabeza con el gorro de lana y se envuelve en el pellejo forrado de guata. Los catarros son largos ahora; y tardan más en curarse. Bebe con avidez la leche bien caliente y deja el tazón en el reborde del ventanal. Desasosegado, se asoma a la balaustrada del porche. Encoge mucho los ojos para mirar a lo lejos. El camino es una larga línea horizontal vacía de sombras. Sólo la luz temprana entre las zarzas. Gorgotea un agua inquieta en algún lugar que no se ve, desazonando al pájaro en su nido.

Entra en la casa aterido el hombre. Enciende la chimenea. Aún es tibio el sol y no caldea la estancia. O son quizá los años destemplando la sangre y las esencias. El fuego vivo de los troncos le iluminan el rostro y la memoria. Tiemblan la reciedumbre y los gestos en el filo de las llamas. A intervalos de brasa, dos aves bullen sobre la tierra rizada y revientan de algarabía los almendros. El viejo extiende las manos. Sus dedos romos son racimos ágiles de gaviotas crepitando en los cristales de un balcón deshabitado frente al mar. Anda, pasa, está diciendo la mujer al otro lado, no te quedes ahí pasmado. Sopla levante y se cuelan hasta por las rendijas remolinos de polvo y virutas. En la puerta, nadie; pero ella se empeña en sostenerla abierta, indiferente al torbe-

llino de plumas contra las vidrieras. El hombre se conturba. Ese no es el orden correcto de la secuencia. Claro que no. Ella debería estar en ese momento en la ventana. Y vuelve a tender las manos, esta vez para atrapar la escena y trasladarla. Roza la leña candente. El fulgor lo deslumbra. Y lo aturde un fragor constante. El murmullo del agua en los bajíos; el crujido del viento; el rumor del barbecho granado de sirenas.

Amanece. Él siente la aspereza de la noche raspándole la piel. La mujer sigue aferrada al pomo de la puerta y se le cuelan vilanos en la casa. Pasa, anda. No. No era así. Está seguro. Tampoco es ése el paisaje. Las imágenes se desordenan. Los instantes se equivocan. Se confunden los sigilos y las voces. Los espacios. Apenas puede recordar. Anda, pasa, no te quedes ahí parada. Lo ha preparado tanto, tanto, que no va a azorarse. Hace frío todavía. Mira, quedan calvas y neveros en los serrijones, aunque ya la alondra agita los trigales y apuntan en el suelo los primeros brotes. Adelante, decídate mujer. Le ayudará a desprenderse del abrigo y la bufanda. Con ternura. Tocándola casi, con reparo. Como con alas. Igual que entonces. Acércate al hogar y descansa. Luego hablamos si tú quieres. O no. Sí, lo ha ensayado muchas veces. O nos quedamos así, juntos, nada más. Para qué las palabras. Nadie en la puerta. El camino, estirado hacia las lindes. Desierto. Sólo la luz madrugadora prendiendo los abrojos y las yemas del cerezo. Desde su escondite, el brinco del agua alborota al pájaro y aflige al hombre. Ella estará hilando en otra orilla y era yo quien regresaba. Puede.



José López Rueda

TOLEDO

I

Panorama

La ciudad a lo lejos
corona con el ocre de sus viejos
edificios la cúspide vecina
de la ilustre colina
que el Tajo - cimitarra ensimismada -
intenta vanamente
rodear con su curva plateada.
La mole del alcázar señorea
con sus cuatro rotundos chapiteles
donde el sol de la tarde centellea,
la dorada asamblea
de casas que en armónicos niveles
detienen su caída
hace ya muchos siglos presentida.
La catedral parece
un navío espacial petrificado
que inmóvil envejece
a la tierra amarrado
por sus patas gigantes

que son los botareles y arbotantes.
Y vemos a la izquierda el monasterio
de San Juan de los Reyes casi a punto
de ahogar en el río
que discurre sin brío
y casi ya de polución difunto,
los yugos y las flechas del imperio.

Paseo

Circundo la ciudad, paso delante
de la puerta del Sol que me recuerda
con su arco de herradura
y su almenada cresta
un viejo libro titulado «España
mi Patria», cuya cálida cubierta
ostentaba un dibujo
del portalón mudéjar
que de tanto mirarlo cuando niño
grabada a fuego me dejó su huella.
Recorro el laberinto de las calles
empinadas y estrechas.
Alucinantes Grecos
mis ojos alimentan.
Navego juderías,
invado sinagogas obsoletas.
Metido en la del Tránsito, recuerdo
monodías hebreas
y un coro de fantasmas sefarditas
en silencio me cerca.
Entro en Santa María
la Blanca buceando en mi conciencia
y adivino la vieja sinagoga

en la cristiana iglesia.
Entre sus capiteles y sus arcos
de islámica factura que enjalbega
la mano de la cal, me siento el alma
vagamente conversa.
Pero a la vez advierto
que en la memoria de mi sangre ondea
un bosque de banderas musulmanas
con su luna sangrienta
y repentinamente
el alma se me pone sarracena.
Mientras tanto, suprema jerarquía,
en su infinita almendra
el Cristo Pantocrátor
escondido gobierna
con infalible mano
mi triple corazón y las estrellas.

Zarabanda

Algunas noches en Toledo,
cuando todos están dormidos,
se celebra en la catedral
una secreta zarabanda.
Capas pluviales y casullas
bordadas minuciosamente
por manos desaparecidas
en la riada de los siglos,
saliéndose de las vitrinas,
desfilan huecas por las naves
en ordenada procesión.
El gigantesco San Cristóbal
que lleva al niño sobre el hombro,

deja de ser una pintura
y pasea por la girola
rozando casi con su testa
la bóveda de crucería.
Algún diácono invisible
ha encendido todos los cirios
y canónigos sin cabeza
rezan sentados en el coro.
Los dedos ágiles de Nadie
se pasean por el teclado
del órgano que se derrama
sonoramente por sus tubos.
Apoyados en los pilares,
los doce apóstoles del Greco,
desertores del manicomio,
observan mudos la liturgia
con sus ojos extraviados.
En la sala capitular,
los pretéritos arzobispos
salmodian cantos gregorianos
sin escaparse de sus lienzos.
Pero de súbito se queda
todo en silencio; sólo se oye
rumor de alas y trasciende
olor a santos incorruptos.
Una figura femenina
desciende grácil por el aire
llevando en sus etéreas manos
una casulla elaborada
por los sastres del paraíso.
Arrodillado ante el altar,
el bueno de San Ildefonso
siente que la Madre de Dios
se la pone sobre los hombros.

Entierro del conde

El protomártir San Esteban
muy juvenil y circunspecto
y el mitrado San Agustín
de barba blanca y grave gesto,

han bajado del paraíso
a dirigir el funeral
del muy devoto caballero
Gonzalo Ruiz, Señor de Orgaz.

Este suceso portentoso
fue en mil trescientos veintitrés
y el lugar del enterramiento,
la iglesia de Santo Tomé;

mas los devotos asistentes
han venido desde el futuro
mil quinientos ochenta y ocho
a las exequias del difunto.

El protomártir y el obispo
sostienen el acorazado
cuerpo del gran caritativo,
a punto ya de sepultarlo.

El párroco, solemnemente,
a la derecha de la escena,
va salmodiando su responso
con ronca voz de calavera.

Al otro lado puedo ver
dos altos monjes con capucha:
un agustino que argumenta
y un franciscano que le escucha.

Casi todos los feligreses,
mirando al buen Señor de Orgaz
encenizado por la muerte,
piensan que todo es vanidad.

Otros, extáticos, elevan
sus ojos a la eternidad
que por el noble sucumbido
está abierta de par en par.

Sobre las negras vestiduras,
hay rojas cruces de Santiago
y manos casi inmateriales
con ademanes asombrados.

Emergiendo de las gorgueras
al resplandor de los blandones,
las caras de los caballeros
son religiosos girasoles.

La capa de San Agustín
y la dalmática de Esteban
prodigan oros que contrastan
con la negrura de las telas.

Jorge Manuel Theotokópoulos,
el hijo niño del pintor,
señala con su mano izquierda
la inesperada aparición.

Arriba el cielo nos concede
los esplendores de su gloria,
mientras abajo, lentamente,
se consuma la ceremonia.

Volando raudo al paraíso,
un ángel rubio de ala gris
transporta el ánimo del conde
protoplásmica e infantil.

La Virgen y San Juan Bautista
interceden por el finado
a un Jesucristo que es la cima
teológica del milagro.

Justo detrás de la Madona,
está el seráfico Portero
y de su diestra mano cuelgan
las dos grandes llaves del Reino.

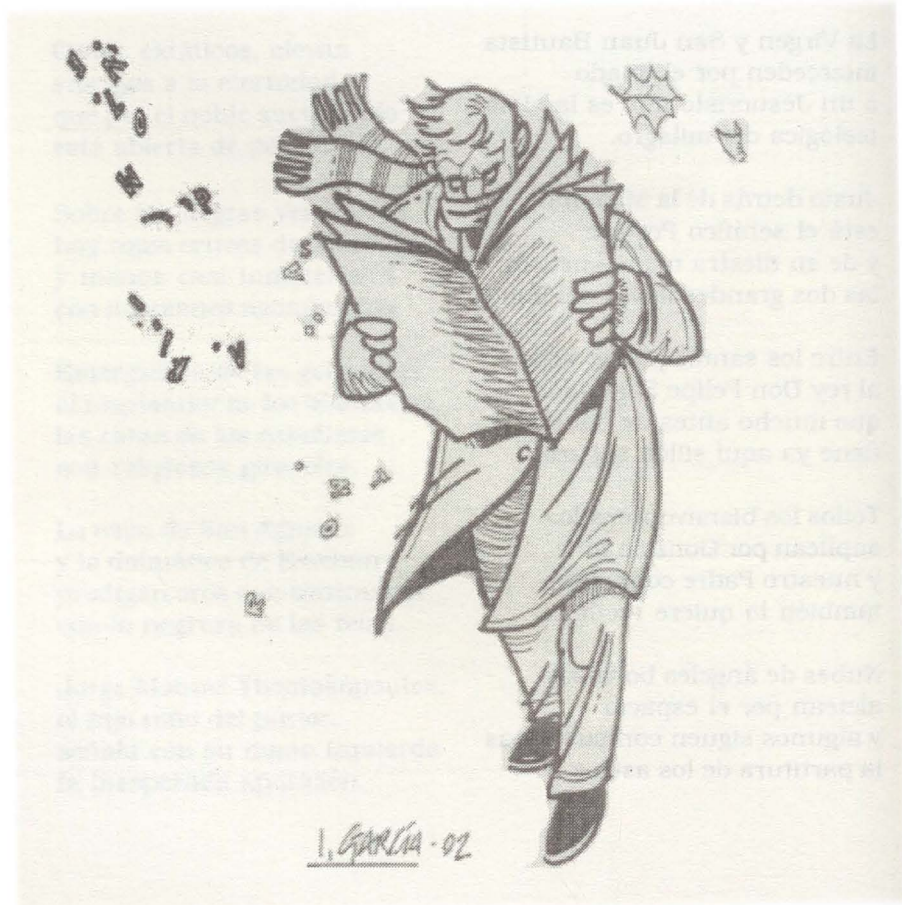
Entre los santos puede verse
al rey Don Felipe Segundo,
que mucho antes de nacer,
tiene ya aquí sillón seguro.

Todos los bienaventurados
suplican por Gonzalo Ruiz
y nuestro Padre compasivo
también lo quiere recibir.

Nubes de ángeles borrosos
aletean por el espacio
y algunos siguen con sus arpas
la partitura de los astros.

En el friso de caballeros,
sólo el Greco mira de frente.
Yo le sostengo la mirada
a finales del siglo veinte.

Y para hacer más asombroso
el formidable anacronismo,
entro en el cuadro y así puedo
participar en el prodigio.



Ángel del Valle Nieto

Mirando un cuadro

Sosteniendo sus años en los siglos,
aquella casa que se está cayendo
la subió un albañil, Antonio, «el Jupa»,
con mi padre hecho esfuerzo y sufrimiento
y la esperanza alegre de mi madre.
Vivió y jugó, también, mi hermano Eugenio
y casi nos enluta un sanatorio
las risas infantiles, y los sueños...
De su puerta salí, lejano octubre,
para el dintel cerrado del Colegio
y allí gané, con mis primeras clases,
el orgullo de mi primer dinero...

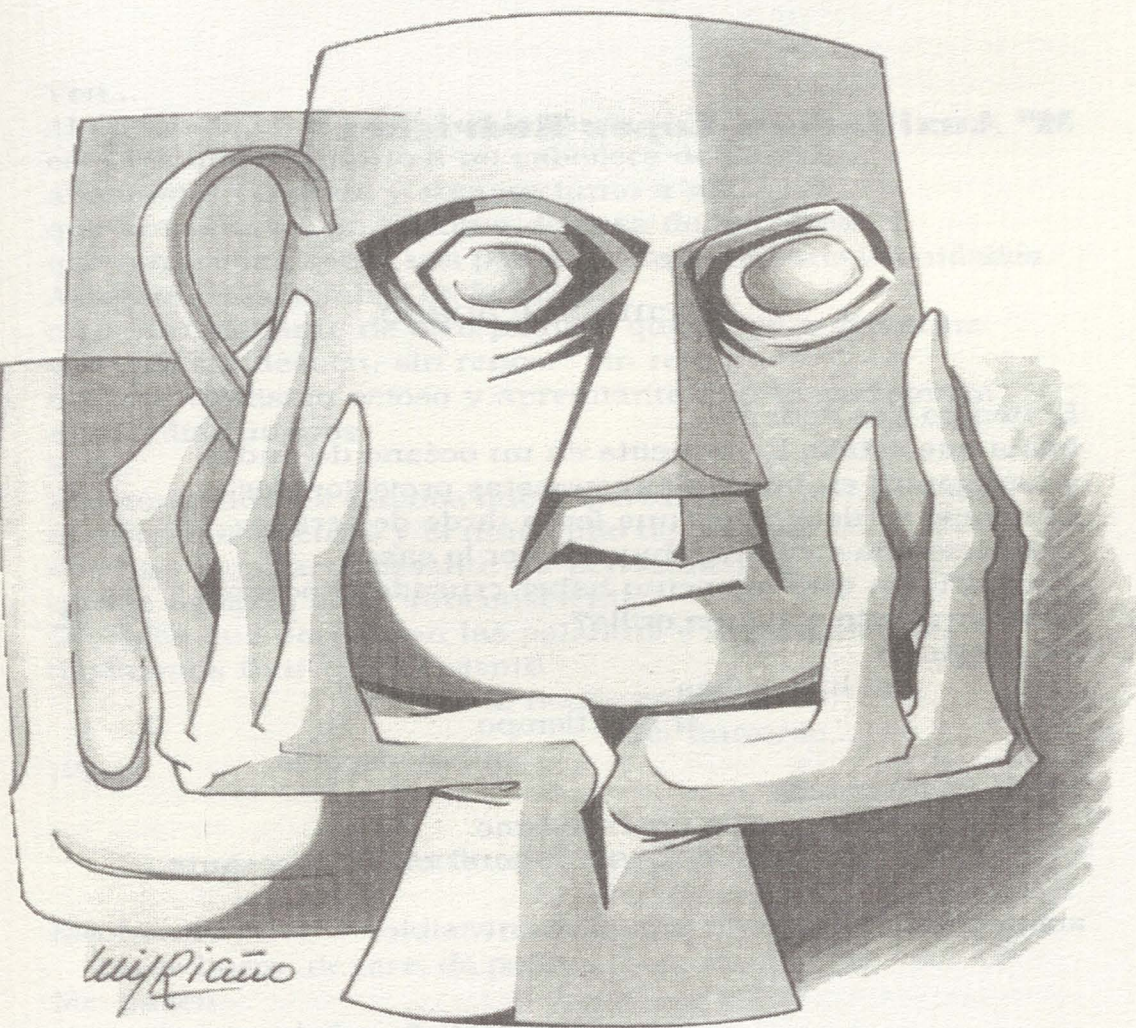
Ahora tiene cerradas las ventanas
y toda su fachada es de silencio.
Y yo la observo al fondo de este cuadro
como abriéndola a golpes de recuerdos.
¡Ah, la casa estrenada de mi infancia!
¡Ah, la casa olvidada entre los tiempos!
La casa levantada por mis padres
en paredes de vida y sentimiento.
Aferra tu ladrillo a la muralla.
Toma mi corazón: ¡hazlo cimiento!

«A la Penicilina»

Del Penicillium naciste:
Los dedos de su pincel
segregaron tu hidromiel
y a las bacterias rendiste.
A la enfermedad venciste
y una puerta de esperanza
se iluminó en lontananza.
Por ella, por tu sendero,
Sir Alexander Primero,
contra el mal blandió tu lanza.

Meningococo, infecciones,
bacilos en general,
vieron llegado el final
de patógenas acciones.
Tampoco tus devociones
rendiste al estreptococo
y fue raro el neumococo
que tu ataque resistió:
En su defensa insistió,
mas, frente a ti, fue muy poco.

El carbunco, la gangrena,
la traidora pleuresía
y la falaz pneumonía
sometiste a tu cadena.
Todas sufrieron condena
de tu reino en las prisiones
y el mal se tornó en canciones.
Gracias, ¡oh, Penicilina!
Tu molécula germina
salud por generaciones.



M^a Auxiliadora López Rodríguez

Poema inacabado

El tiempo nos detiene
hasta que estalla la tormenta en un océano de dudas
y navegamos en busca de respuestas provisionales...
El tiempo se detiene en una lenta tarde de verano
y yo, detenida en él, vagabundeo por la casa...
¿Desearía en este momento haber cruzado el océano,
haber arribado a alguna orilla?
Me pregunto
 si hay orillas
 si hay tiempo
 si hay espacio
o todo es inventado
 o sólo un espejismo
 o el oleaje incesante
acariciando la orilla de una playa invisible.

No te detengas

Ven...

Abandónate en el viento de la tarde
esta vez que sea junto a mi cabellera de sueños
abandónate errante y eremita junto a mí
que sea esta vez en legítima defensa de los otros
que retroceden sobre sus pasos y retozan en sus vacuidades.
Alárgate en la sombra de la tarde
como un visitante de otro planeta que viene a visitarme
esta vez sin desdén, sin rencor, sin reto...
con ese vitalismo ocioso y apremiante que te caracteriza
en tus días buenos.

Ven...

Elimina todos los sonidos que te perturban
te ofrezco el silencio y el murmullo de las olas
en este caminar incesante de pensamientos
que se agolpan en el subconsciente.
Dejemos que descansen las palabras y los amaneceres
dejémonos fluir en ese viento
de la noche cósmica
del universo...

¡Ven!...

Balada del desposeído

Me hacen

de barro, de aire, de pena.

Me hacen

de roca, de luz, de soledad...

De desamor, me hago y de llanto sin lágrimas.

Me hago

de noche
y de luna...
En mi Universo retroceden las estrellas
y todo es Penumbra
sombra
oscuridad...
Ausente en los años, pierdo la ternura.
No tengo nada que llevarme a la boca
ni risa
ni llanto
ni Tierra.
Como un zapato extraviado en unas ruinas
camino por el silencio y la exclusión.
Me oprimen muchas manos.
Me reducen a pobre.
Pero tengo nombre.
Soy, tú mismo...

Manuel Fernández Nieto

Santa Casilda, «Ora pro nobis»

*Para Onésima, por los audaces
ángeles que pinta.*

La iglesia aparecía inundada por una suave penumbra que, al principio, todo lo hacía invisible, excepto las columnas que cargaban con el peso de la bóveda y la cúpula. Cuando la vista se fue acostumbrando, se empezaron a vislumbrar puntos luminosos que indicaban la situación de algunas imágenes en sus altares. Las velas impartían una resignada lección de sabiduría: para dar luz es inevitable derretirse, consumirse, extinguirse. Varias imágenes tenían a sus pies ramos de flores recién cortadas, limpia la sabanilla que cubría la mesa del altar, todo el altar relumbrando.

El de la ascética Casilda estaba cubierto de una capa de polvo que la humedad había aglomerado y ennegrecido. ¡Qué santa tan extraña! Era como si a la imagen le hubiera sido negada la comunicación con las de los otros santos y santas, expuestas en lugares de preferencia, como elegidos expresamente para ellas. La de san Antón, protector de animales de labranza y domésticos; la de santa Cecilia, patrona de los músicos; la de santa Rita, abogada de imposibles; el patrón de los labradores san Isidro, con

la mirada perdida en éxtasis hacia lo alto... Eran imágenes de santos y santas venerados, amados, de los que se esperan prodigios a favor de las peticiones mentales que les eran hechas.

¿Pero qué clase de milagros se le reconocían a la imagen arrinconada? ¿De qué servía la leyenda inscrita en su peana de «Ora pro nobis», si no había un alma que se dignara dirigirse a ella para hacerle esa petición de «Ora por nosotros», «Ayúdanos con tus oraciones»? Nadie necesitaba su intercesión. Rodeada de indiferencia, viéndose tan sola, sintió deseos de desaparecer de aquella iglesia. Se armó de valor y decidió dirigirse a las potestades celestiales. Estaba dispuesta a realizar el que sería su mayor milagro: atreverse a explicar su descontento, a rebelarse humildemente, pretendiendo ser escuchada por los dueños del destino de todo cuanto existe, preexiste y acaba por no existir. Su paciencia era la propia de una santa. Soportó un silencio como si estuviera hecho de siglos. No se desesperó.

Tampoco allí arriba le hacían caso. Debió de haber caído en el olvido su petición. Hasta que, un día, una noche, el silencio y la oscuridad se vieron rasgados por una luz cegadora y el susurro sedoso de un aleteo. Todo alertó en el recinto sagrado; todo quedó deslumbrado por una luminosidad uniforme, compacta, invasora del más pequeño rincón. Las imágenes de los santos y las santas venerados se llenaron de alegría; creían asistir al anuncio de la satisfacción de alguno de los milagros rogados por sus devotos.

Como si hubiera acuerdo entre el reloj de péndulo adosado a una columna y el fenómeno de la aparición luminosa, fue al sonar la primera campanada cuando empezó a manifestarse el torrente de luz. Las campanadas, lentas, de largas intermitencias dejaban oír su musicalidad temblorosa como si nada extraordinario sucediera aquella noche en la iglesia; como si aquella noche fuera igual que las anteriores quietas noches. Con la repetición de la hora, las doce, a cada nueva campanada, la irrupción luminosa fue contrayéndose hasta formar dos esferas que flota-

ron inmóviles en el centro de la cúpula. Al sonar la última campanada de la repetición, de cada esfera salió un ángel batiendo con sus alas poderosas el aire cargado de aromas de incienso quemado. Dejando estelas de luz a su vuelo, dio comienzo un alegre revoloteo. Jugaban, bailoteaban, se divertían los ángeles describiendo curvas de alejamiento que luego convergían. Gastaban risueñas bromas a las imágenes de los santos y las santas que los contemplaban absortos desde sus altares, en espera, cada uno de ellos, de verse favorecidos con su visita. Ascendieron los ángeles al coro alto, y, sin poner las plantas de sus pies desnudos en el suelo ni plegar las alas, interpretaron al órgano una alegre melodía. El instrumento sonó y resonó, dócil al suave tacto digital, en el inmenso vacío de la nave, así como cuando lo toca un virtuoso maestro organista, y entonces se dice: «Es como si lo tocaran los mismísimos ángeles».

Los ágiles cuerpos alados remontaron el vuelo para ir a situarse ante la capilla dedicada a la imagen de santa Casilda; descendieron uno tras el otro y, con los brazos cruzados sobre el pecho, se postraron de hinojos. Miraron fijamente a la imagen con unas miradas tan incendiariamente bellas, que estremecieron a la estatua, sintiendo heridas sus entrañas por dos pares de ascuas.

A la mañana siguiente, los que entraban en la iglesia se vieron sorprendidos por algo inhabitual. No creían lo que estaban viendo: en el aseado altar de santa Casilda lucían velas; flores con gotas de rocío sobre el carmín de sus pétalos cubrían el albo mantel extendido encima de la mesilla de las celebraciones. La leyenda «Ora pro nobis», tallada en la peana de la imagen, brillaba igual que si tuviera enfrente un haz de rayos de sol.

El péndulo del reloj se movía con la cadencia de costumbre. Dio la hora con sus lentas, solemnes, musicales campanadas, hasta alcanzar los más lejanos muros de la iglesia y entrar a formar parte de su ser de piedra.

Jesús Pino

Los balances crepusculares

Doña Espingarda Bencís Talavedra llevará ahogada en el fondo del remanso grande del río no menos de trescientos años.

- ¡*Tanto!*

- ¡*Huy, no sabe usted cómo se conservan los espíritus en las alacenas fluviales!*

Doña Espingarda Bencís Talavedra, mujer del viudo Don Federico Ménsolas de Uriba, lustro más, lustro menos, llevará sentada en la piedra sillar que le colgaron al cuello, allá en los verdeumbríos lechos del remolino grande, la friolera de casi trescientos años. Y sin rechistar. Es muy probable que dentro de un milenio siga estando en el mismo sitio. Las burocracias celestiales son lentas y minuciosas, y, salvo milagro, que en tales administraciones todo puede suceder, a Doña Espingarda la encontrarán sita en idéntica ubicación y postura transcurridas dos o tres miles de revoluciones siderales.

-¡*Tanto!*

-*O más. Piense usted que los asuntos del alma son muy delicados, que la salvación o la condenación eterna requieren mucha sutileza, equilibrados juristas, enjundiosos decalogistas y afinados memorialistas, para que nadie, y repare usted en la muchedumbre de babosos bocazas inoportunos, vaya jodiendo la marrana con venenosos rumores sobre recomendaciones y favoritismos celestiales.*

Cuando Don Federico Ménsolas de Uriba, marido, al entonces, de Doña Espingarda, la arrojó, no sin dificultades, a las nocturnas y rumorosas aguas, delante la piedra-detrás la cónyu-

ge, ambas se hundieron resbalando, con tersura geométrica, por el eje imaginario del absorbente cono. Total siete metros en caída libre si se prescinde del acuoso rozamiento, detalle intelectual de poco o nulo valor narrativo.

-Hombre, como matiz no sobra...

-Ca, no lo crea usted. Aquí, como en el caso de las albas de los poetas, ni el narrador sabe la profundidad del río ni los vates se han despertado nunca con el canto de los gallos.

A Doña Espingarda los primeros días de su óbito-inmersión le resultaron un pelín incómodos y asquerosos. No hallaba ni la postura ni el sitio adecuado para el descanso eterno, y el despellejamiento, la descarnación y el deshuese de su cuerpo le provocaban arcadas y náuseas. Luego, cuando por fin se liberó de la carnal envoltura, las cosas cambiaron ¡Qué comodidad, oiga! ¡Ni punto de comparación! Entonces se aculó en la piedra y se dispuso a esperar, con muy buen ánimo, lo que hubiere de venir.

-¡Cuanta resignación!

-Pues sí. Eso nadie lo debe dudar. Doña Espingarda se resignó con talante monacal y no ejerció la mala educación ni, y perdóneseme la aspereza expresiva, la mala leche de tantos y tantos espíritus zascandiles que defecan en los sueños y el sosiego de las pacíficas y laboriosas gentes del común.

Sentadita en su piedra Doña Espingarda se entretenía viendo pasar los pececillos, removerse las vegetaciones, arenarse las piedras, discurrir las interminables viscosidades de las aguas. Con paciencia. Con mansedumbre. Con estoica filosofía. Con un poco de indolencia. Un mucho de holganza. Y algo de misteriosa aquiescencia involuntaria. ¡Ya le avisarían, si es que habían de avisarla! Ser difunta era una profesión de tiempo. Todo consistía en irse haciendo con los doblacillos de la situación. La cosa es no desesperarse. No caer en la soberbia de creerse única. ¡Con la de difuntos que habría igual que ella!

-¿Pero Doña Espingarda tenía conciencia del tiempo?

-No señor. A Doña Espingarda le daba completamente igual las mañanas que las tardes, los días que los meses, los años que los siglos. A los muertos se les pierde súbitamente el reloj, se les difuminan las pulsaciones del corazón y se les caduca las cremosidades de la anterioridad y la posterioridad. Y son lo que son. Pero al narrador le faltan las inefables gramáticas de lo atemporal y ha de jugar con las metáforas y los paralelismos literarios.

Cuando por las alamedas y los maizales de la orilla norte del río hubieron pasado cien años y otros cien, los mismos o casi, por los olmedos y salinas de la orilla sur, Doña Espingarda consideró que la espera sería larga y que bueno sería distraerse con algo mientras se elaboraba, en las lentísimas oficinas de la divinidad, el dictamen sobre los frutos de su existencia. Así que intentó, por matar el tiempo, dicho de manera poética, analizar pormenorizadamente la vida que hubo vivido. Y ahí empezaron sus problemas. Ahí cayó en la cuenta que ser muerto no era tan fácil como le pareció al principio. Las potencias del alma, memoria, entendimiento y voluntad, seguían siendo consustancialmente suyas pero pragmáticamente no funcionaban de igual forma. Al tratar de buscar sus primeros recuerdos le fue imposible separarlos del total. Todo se le aparecía en su magín espiritual como una masa única donde se veía niña, moza, adulta, de la mano de su padre camino hacia la escuela, comprando en los mercados de la plaza, bailando en las eras, vistiéndose en invierno, desnudándose en verano, cortándose las uñas de los pies, haciendo de vientre en el corral, comiendo, orinando, menstruando, escupiendo, rezando, leyendo, en este y el otro y ese día y aquel lunes, y el domingo de Pascua, y con trece años y...

-¿Como una película?

- No, señor. Como un fotograma único. Una visión completa e instantánea del total de su vida. Sin ayer ni mañana, sin antes ni después, sin intervalos de sombra y de luz. Una totalidad en presente mareante, huracanada, abrumadora, ubicuamente fija y móvil.

- *No se me llega el entendimiento a tal efecto.*

-*¡Toma, ni a mí! ¡Qué se cree usted! Eso es cosa de muertos y lo que digamos nosotros es como no decir nada. Si quiere entenderlo, muérase y vuelva para explicármelo.*

Doña Espingarda, repuesta del susto, iba descubriendo que la experiencia espiritual era un asombro del que había que sacar partido o enloquecer en el anonadamiento de las singularidades del nuevo estado. Doña Espingarda fue, cuando era, mujer de muchos recursos y de muchas habilidades y poco dada al desánimo, al aturdimiento o al pesimismo de la dificultad. Así que, evitando la totalidad, parceló sus intenciones y modeló estratégicamente su deseo. «Mis pecados capitales», inquirió a su memoria. Y allá se le vinieron en tropel las azules envidias, las viscosas perezas, las gulas enfermizas, las avaricias áureas, las melosas lujurias, las iras borrascosas, las cumbreñas soberbias. Y Doña Espingarda los contemplaba con un mohín de incertidumbre, con una pizca de inseguridad, con una polvorilla de pre-ocupación. «No sé, no sé...»

-*¿Es que cayó en todos ellos?*

-*Sí, señor. Como habrá caído usted y como hemos caído todos. ¿Qué se piensa, que hay infinitos santos? Pues no. Aquí, el que más o el que menos cae en las untuosas telarañas de Satán con más frecuencia de lo aconsejable, con más aceptación de lo que imaginamos y con más facilidad de lo previsto. Y luego, hale, que Dios lo perdone todo. Que para eso está. ¡Ya nos enteraremos luego, por listos!*

Tuvo Doña Espingarda un ligero escalofrío que no llegó a más porque de inmediato su indeclinable ánimo la persuadió de que en todo hay una aritmética justiciera que equilibra lo menos con lo más para clarificación de los balances. Y acudió a sus Obras de Misericordia, a esas catorce escalas que levantan la miseria de los corazones hacia las más puras lozanías de los cielos. Y nada. Nada de nada.

-*¿Nada?*

-Sí, señor. Nada. Ni un mínimo paisaje en la memoria de Doña Espingarda. Así que, ¿usted me dirá?

Cuando pasen dos o tres mil años, mes más o menos, y las altas instancias dictaminen el destino del alma de Doña Espingarda, es muy probable que ésta aún se esté reponiendo del grandísimo y espantoso susto que le causó el comprobar la falta de misericordia ejercida durante su existencia. Ni en las corporales ni en las espirituales encontró sumando positivo que neutralizase a las faltas capitales. Ni enseñó, ni aconsejó, ni corrigió, ni perdonó, ni consoló, ni aguantó a nadie, ni rogó por nadie. Doña Espingarda fue lo que fue. Yo no voy a descalificar su conducta pero quizá su esposo, Don Federico Ménsolas de Uriba, obró como obró, movido por un sano deseo de compensar al mundo. Hay acciones que más vale no someterlas a prospección minuciosa para preservar la imagen de inocencia y caridad que la mentira adorna y viste. Doña Espingarda Bencís Talavedra sentía repugnancia por los enfermos, echaba las sobras de las comidas a las gallinas, bebía hasta la última gota de la botella, azuzaba los perros contra los peregrinos, quemaba las ropas viejas, los cautivos la tenían sin cuidado y a los muertos que los enterrase el cura. Y todo ello sin la menor preocupación ni desasosiego, con sana voluntad y entendimiento lúcido. Con temperamento firme y contundente. Con el reconfortante don de fortaleza que la hizo vivir mirando hacia el futuro sin prevenir el oscuro rencor que fue depositando en las silenciosas intenciones de su marido.

-¿Y usted cree que con tales circunstancias podrá Doña Espingarda disfrutar de las verdes praderas y las cristalinas fuentes de los cielos?

-Eso nunca lo sabremos.



Luis Riano

Paco Morata

1.- aurora

abre la mar
sus fauces infinitas deja libre
un escualo de luz que la mañana
aún dormida seduce como un beso
de brisa
no comprendo si el abrazo
abrasivo de la arena me acaricia
o es tan sólo venganza solapada
me dispongo a enterrar bajo mis pies
el hueco de la noche compartida
las cenizas escritas
a mano sobre el dorso
de cabalgadas crestas
el dorso de su espina recorrida
con intención de orfebre
desde el pelo hasta el vello
manchados como estamos
del alcalino olor de la derrota
rezumante agonía cobijada
debajo de la sombra alboreada
del nocturno sobre la herida sombra
de su vientre

2.- nauseaa privada

el ruido de las olas
batiendo impertinentes
en los acantilados
al fondo de sus ojos
me devolvió a la vida

3.- visión

vi pájaros inválidos
sin vuelo no volaban
no podían alzarse
al viento acudir
a reposar su espuma
sobre la adelantada
arista de tus labios

4.- visión (2)

vi pájaros de aliento
volar desde mi boca
a picotear tu cuello
iguales que una hoz
de niebla puntiaguda

Juana Marcello

Tal vez no quiera, o no deba, o no pueda ser. Avanza el reloj hacia la madrugada. Y me abandono a retenerte entre mis ojos sin llegar a refugiar mi temor en tus brazos.

Reí contigo preludios de silencio maldito y grato. Ninguna estrella reforzó mi escalofrío. Ahora dudo del fuego encendido en mis pechos cuando las ascuas reviven lejos de tus manos.

Así mantengo la dicha en un confín inédito para siempre. Te alejas sin haber sabido la dulce resaca del vendaval que vino.

Me bastarán estos versos para recordar la tarde. La próxima vez serán otros los aires que alentarán la pasión que te regale.

15 diciembre 2000

Gonzalo Enguita

La entrega

La entrega,
que hace doler a las primeras luces
del amanecer de la soledad,
mete prisa a los sueños,
que se acaban los domingos, corre,
y se diluye, escurridiza,
en las mil sensaciones del día.

La entrega,
energía pura para universos
de derrota y dejación,
reposa incomprendida en el rincón
de los juguetes rotos,
y nunca recibe el cariño del amigo
ni la pasión del mundo infinito.

La entrega,
inventando cada día, cada segundo,
el calor imprescindible al corazón,
y abre los ojos
que ya nunca más serán ajenos,
habla el silencio y la paz
que viven durante la noche.

La entrega,
el sentimiento más profundo,
generoso sin condiciones ni límites,
su entrada se prohíbe
en todas las fiestas de disfraces,
sin altares ni adornos
vive en las almas y las casas.

La entrega,
única fuerza constante
que embellece las guerras cotidianas,
las agendas y los álbumes de fotos,
y deja en el tiempo
un poso de dulzura agradable
para beber en vasos de tristeza.

La entrega,
acto radical del amor,
sabes que has de luchar
para no despedirla en barcos transoceánicos,
y si se queda te hará feliz,
don siempre propio y fiel
que busca anhelante ser correspondido.

4 abril 2001

M^a Isabel Ralero

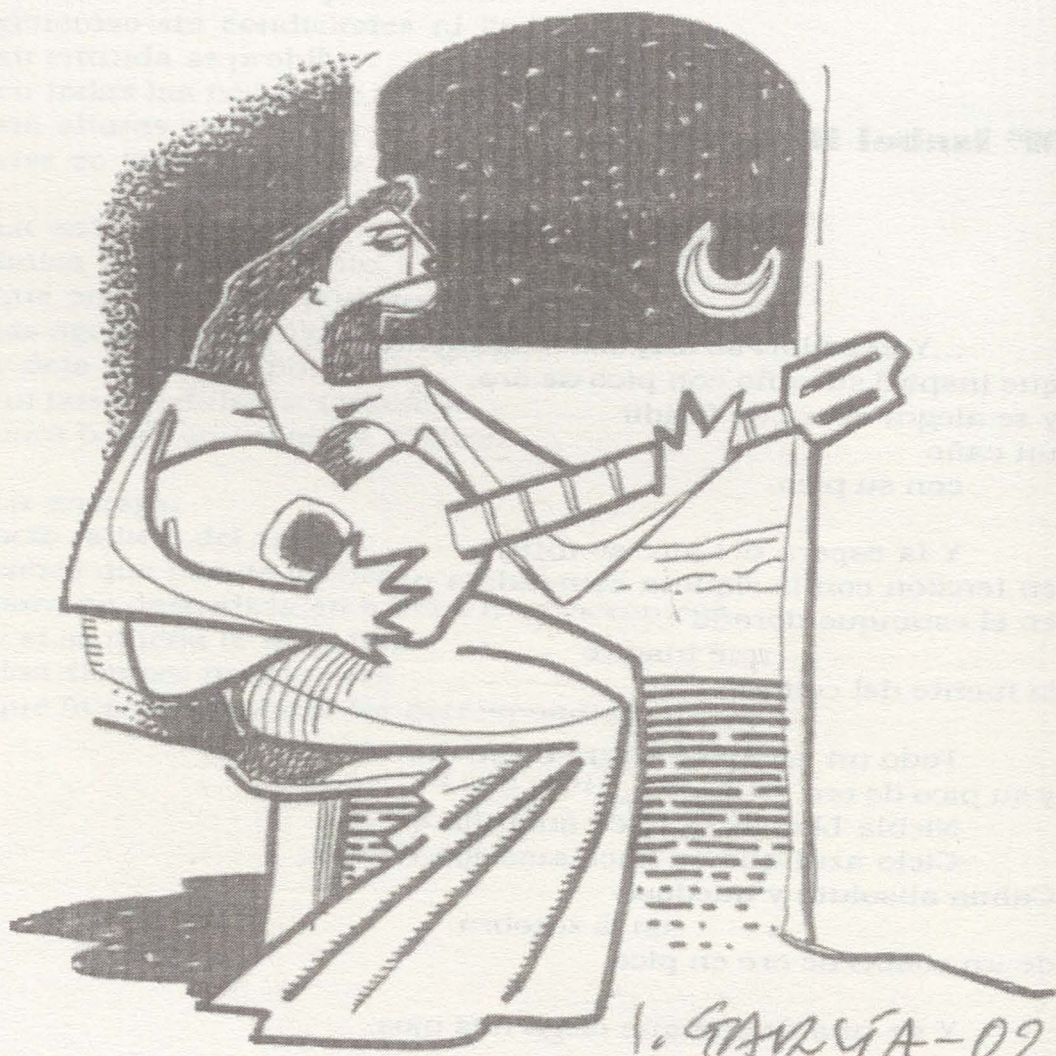
Atardecer

...Y el colibrí se alejará de la fuente
que inspiró su caño con pico de oro,
y se alegra el oro de fundir
un caño
con su pico.

Y la espera del aire se intuye
en tensión con la riqueza sometida a paz
en el estanque dorado
que inspiró
la fuente del colibrí.

Todo un jardín se alegra de su dorado
y su pico de oro.
Niebla blanca se hace amarilla en él.
Cielo azul que se hace amarillo en ella.
Calma absoluta y miedosa
en la zozobra
de un colibrí de oro en pico.

Y de una fuente que ciega mis ojos.



Rosa Zaba

Sombras

A mi amor, atrapado entre las sombras...

¡Déjate ver, no te escondas!,
piensa que por ti padezco
y aunque tu voz no conozca,
yo he soñado con los ángeles
y sé que eres como ellos.
Te suplico que me veas,
amor de los cuatro ensueños,
diciéndome qué hay que hacer
para entrar en tu cortejo.
Te serviré de doncella,
te peinaré los cabellos,
te serviré de rodillas
llorando siempre en silencio
y...
si para amar no me quieres,
amor de los cuatro ensueños,
déjame que yo te sirva
aunque sea en los infiernos.
Tú rondas toda mi casa
y hasta el fondo de mis huesos,
sintiendo latir tu alma,
sintiendo latir tu pecho,
y aunque..., no hablas,
escuchas siempre en silencio.

Amparo Ruiz Luján

34

Hoy soy emperatriz enfrentada a la muerte
con la pena encastrada en un fondo de estrellas.
La muerte sobrevuela los campos, las razones,
dejándonos de herencia la gran desolación.

Mientras mis pies descalzos acarician tu cuello
bailamos con Tina a un ritmo fugaz y destructivo
y soltamos los cuervos de las cámaras megras
para que en tu boca se tiñan de amarillo.

35

Desnuda las palabras.
Desciende a mis entrañas.
Lame mis gemidos.
Nada como la ausencia
para construir infiernos,
buscar el absoluto y encontrar
la nada

36

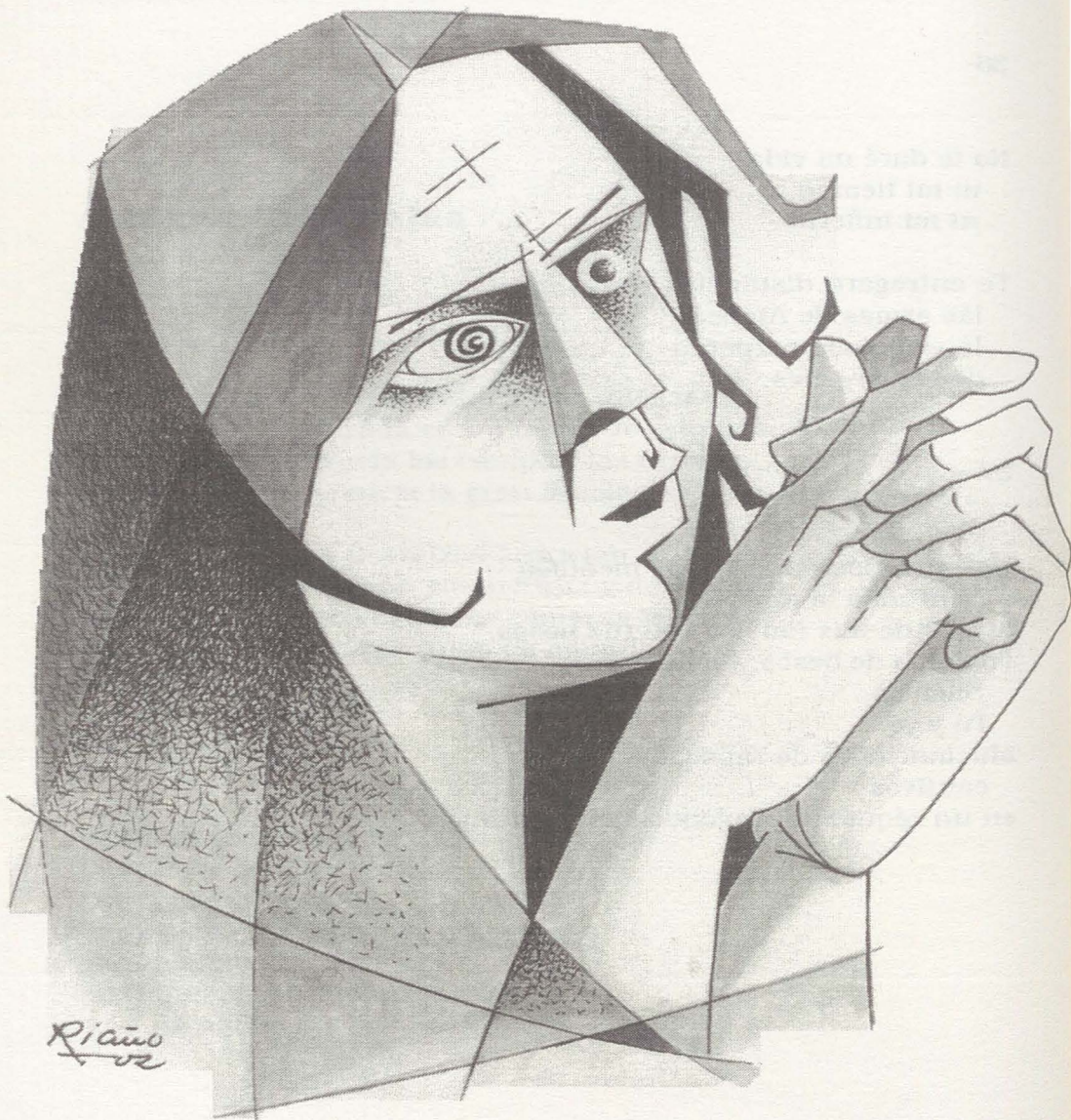
No te daré mi vida
ni mi tiempo
ni mi infierno.

Te entregaré distancias,
las armas de Atenea,
la vigilancia perpetua
de las vírgenes.

37

Hoy soy más reina y más mendiga
puntual a la muerte,
al latir de mis muslos con tus besos.
Polifonía de besos y contrarios.
Silencio.
Tú y yo:
alucinaciones de rapsodas
cautivos
en un réquien de golondrinas y geranios.

*(Del libro: El brocal de Sémele
Edición: El Toro de Barro. Cuenca.2001)*



M^a Dolores López Díaz

Miserere nobis

«...no has sabido prever que su final iría a ser la gruta a donde iban los malos en los cuentos para niños.»

(Alejandra Pizarnik)

En un mar de mantequilla. Negro. Punzante. Te ahogas.

Vergüenza sin orillas
Túnel sin boca

No puedes conducir. Sales de la autopista en la primera área de servicio que encuentras. Guarromán. Qué casualidad. Siempre te parabas en Guarromán a comprar hojaldres. A tu padre le encantaban. Sientes un dolor agudo en el corazón. Al tiempo que unas manos te retuercen la garganta. Como si fuera un trapo que estuvieran escurriendo.

La propia estimación
Hija mía
La propia estimación
Nada que la menoscabe
Hija mía
Bajo ningún concepto

Aparcas en cualquier sitio. Intentas respirar. No puedes. Sales del coche. El sol cae a plomo. Te castañetean los dientes. Entrás en el bar. Te recibe una turbamulta de morenas flacideces en chanclas y bermudas.

Bulla
Sudor
Y bocatas

Toda la masa que vuelve de vacaciones ha parado en Guarromán. Te abres paso entre la multitud y vas a los servicios. Están a tope. Después de esperar un rato accedes a un cubículo. Te apoyas en la pared, cierras los ojos e intentas que te entre algo de aire en los pulmones. Necesitarías un relajante muscular. Pero con las prisas no has cogido ninguna pastilla. No sientes ningún alivio. No es agradable estar encerrada en un retrete. Sales. Te ves en el espejo.

Despeinada
Pegajosa
Desencajada

Te lavas las manos. La cara. Te peinas. Sigues temblando. Quizá me siente bien comer algo, piensas. Llegas a la barra y pides una botella de agua y un sandwich de queso. Te abalanzas a una mesa que queda libre. Mordisqueas el pan. No te entra. Un poco de queso. Es inútil. Un sorbito de agua. A duras penas. ¡Con lo feliz que te habías levantado! Habías arreglado la casa y habías salido a hacer unos recados. Tan contenta. Él iría a comer. Ibas a ponerle ensaladilla rusa y un solomillo estupendo que te habían dado en la carnicería. De encargo. Y pasteles. Precisamente, a la vuelta de la pastelería, al ir a cruzar la Avenida, lo habías visto. Hablando con Andrés Gutiérrez y Nuria Torralba. Que llevaba un vestidito mínimo. Riéndose los tres.

¿De ti?

Nunca habías considerado la posibilidad. Hasta ese momento. No se te había pasado por la cabeza. Pero ¿por qué no? Era posible. Más que posible. ¿Cómo un chico de diecinueve años iba a dejar de compartir semejante historia con sus compañeros ¿En nombre de qué se la iba a callar? Seguro que lo sabía todo el instituto. Guillén se ha acostado con la de inglés. ¿Con la de inglés? Sí, sí, con la de inglés, con la de inglés. Y no una vez, no. Llevan enrollados todo el verano. Se llamarían por teléfono para contárselo. Se mandarían mensajes. Se escribirían cartas. ¿Sabes lo de Guillén y la de inglés? Con pelos y señales. Lo sabrían con pelos y señales. Y los profesores también. Y el director. Y el jefe de departamento. Y las administrativas. Y quizá algunos padres. No se hablaba de otra cosa. Eras la comidilla. Tú. Y tus habilidades sexuales. ¿Cómo no habías caído? Habías tenido que verlo con gente de su edad para darte cuenta. De la monstruosidad. Del abismo. De la degradación.

Retortijón de tripas

Náusea

Pánico

Echas a correr. Dejas los paquetes en un banco y corres, corres, corres. La gente te mira pero tú no ves. Tienes que llegar a casa. A casa. Y después marcharte. Huir. Esfumarte. Desaparecer. No volver nunca. Cruzas el portal como una exhalación. El portero te dice algo pero no le oyes. Te cuesta abrir la puerta, no atinas con la llave. Por fin consigues entrar. Deprisa, deprisa. Coges un bolsón y metes la primera ropa que encuentras. El pasaporte. Todas las tarjetas. El dinero. Las joyas. Vacías la nevera. Mermelada, pepinillos, aceitunas, huevos, tomates, lechuga, endivias, jamón, chorizo, yogures, tapergüeres con sobras. El cartón de leche no. La cabeza aún te funciona. A la

fregadera. Y el gazpacho igual. Y la mayonesa. Deprisa, deprisa, puede llegar en cualquier momento. El congelador también. Todo a la basura. Cierras las persianas. Compruebas el gas, las luces, desenchufas la tele, el microondas. Sacas la basura al descansillo. Deprisa, deprisa, vete ya, no quieres volver a verlo. Bajas al garaje. Coges el coche. Deprisa, deprisa. A la autovía. Tienes que irte lejos. Lejos.

Los primeros cien kilómetros los haces bien. Estás concentrada en la huida. Pero cuando pasas Bailén empiezas a ahogarte. En un mar

Negro
Punzante
De mantequilla
Cristales en el corazón
Manos que te retuercen
La garganta

Alguien te pregunta si pueden sentarse en la mesa. Dices que sí. Matrimonio con niños vocingleros. Tú no te mueves. Si hace falta pides otro sandwich. Y otra botella de agua. Pero no puedes dejar la mesa. No quieres irte del área de servicio de Guarromán.

No puedes conducir
Y fuera hace calor
No tienes donde ir

Porque has corrido mucho, pero ¿dónde vas? No lo sabes. No tienes familia. Tu hermana se ha ido a La India. No estás de humor para primos y sobrinos. Además, es verano. No hay nadie en Madrid. Miras el reloj. Las cuatro y media. A esa hora tendrías que estar echando la siesta con él. Su imagen se apodera de ti y te derrites, te fundes por dentro. Te lo imaginas llegando a tu

casa, llamando al timbre, extrañándose de que no estés, bajando a preguntar al portero. La he visto entrar, le habrá dicho, pero no salir. Habrá subido entonces con él, encantado de poder entrometerse. Habrán visto la basura en la puerta. Y todo cerrado. Ha debido de irse, habrán concluido.

¿Cómo se sentirá?

¿Habrá ido a contárselo a sus amigos?

¿A Nuria Torralba quizá?

No pienses más en él. No puedes pensar en él. No debes pensar en él. Has destruido tu vida. Una vida de trabajo, una trayectoria impecable. Por los suelos. Peor que una puta. Mucho peor. Pobre padre tuyo, si viera dónde ha quedado tu propia estimación. Te aterra el instituto. La sola posibilidad de que se sepa. ¿Cómo has podido ser tan inconsciente? Te van a poner verde. Nadie te defenderá. Nadie pronunciará una palabra a tu favor. Dirán que eres una guarra. Una viciosa. Una desaprensiva. Una devoradora de jóvenes. No se les ocurrirá pensar que estás enamorada. Que el sexo no te interesa. Que sólo te interesa él. Nada más que él. Que todo lo que buscas es estar envuelta en su sombra.

Pero a él sí. A él sí le interesa el sexo. Por eso te has prestado a todo. Para que no se aburriera. Para que no se cansara de ti. Para que no te dejara. ¿Creerá, como los demás, que te va esa marcha? Habéis hablado poco. Te daba miedo atosigarle. O que dijera algo que no querías oír. Y él no te ha dado pie para muchas palabras de amor. Ni para nada. Simplemente se ha dejado querer. Cada vez con más exigencias. Y tú como un felpudo. Disfrutando del sometimiento. Feliz con su sola presencia.

Un camarero va a limpiar la mesa. La familia vocinglera ha sido sustituida por una pareja de turistas. Tu consumición sigue intacta. Le dices que se la lleve y pides un café con leche y un

hojaldre. Si hubiera sido al revés, todo el mundo lo hubiera visto normal. Siempre han ligado profesores y alumnas. Hasta bodas ha habido en tu instituto. Pero a vosotras no os está permitido. Te viene a la mente la película en que Annie Girardot se enamora de un alumno y se le echa toda Francia encima. Y acaba suicidándose. La única ventaja es que Guillén tiene diecinueve años. Es mayor de edad. Podrán criticarte y montarte un pollo, pero nada más. No has hecho nada ilegal.

Te llevan el café y el hojaldre. Empiezas a comer maquinalmente. El hojaldre está buenísimo. No has hecho nada ilegal. Poco frecuente sí. Y muy mal visto. Pero no ilegal. ¿Y si todo son imaginaciones tuyas? Siempre has sido una aguafiestas, un amarguillo que decía tu madre. ¿Por qué iba a tener que haber dicho nada a nadie? ¿Por qué no iba a respetar tu intimidad? ¿Por qué no iba a estar enamorado de ti? No estás mal. Eres bastante mona. Y no aparentas la edad que tienes. Todo el mundo lo dice. Y lo que tú le ofreces no se lo pueden dar las chicas de su edad. ¿Por qué no va a estar enamorado de ti igual que tú de él?

Porque no. El alumno de Annie Girardot sí estaba enamorado de ella, pero éste de ti, no. Lo sabes perfectamente. Tú sí. Tú sí estás enamorada. Enajenada más bien. Como si te hubieran dado un bebedizo. Dueño absoluto de tu voluntad. Y de tu dignidad y de tu orgullo y de tus principios. Nunca hubieras imaginado que pudiera ocurrirse una cosa así. Ni en la peor pesadilla.

Vergüenza sin orillas
Túnel sin boca

Pide la excedencia o asuntos propios o un traslado. No tienes familia ni ataduras. Puedes vender la casa e ir a cualquier lado. Empezar de nuevo. No te sería difícil desaparecer. Sólo cuestión

de trámites.

¿Y no volver a verlo?

Sientes que te quiebras, que te rompes, que te deshaces. Un desgarró más punzante que el mar de mantequilla. Un dolor más violento que los cristales en el corazón. Una tristeza más negra que la vergüenza sin orillas. Una desesperación más interminable que el túnel sin boca.

Te estás poniendo nerviosa. Te castañetean los dientes otra vez. ¿Qué estará haciendo? ¿Se habrá enfadado? Tienes que volver. Llamarle. Contarle lo que te ha pasado. Pedirle perdón. Nunca más. No lo harás nunca más. Nunca más. Volver. Pedirle perdón. No ha pasado nada. Un mal momento. Un pensamiento estúpido. Un miedo tonto.

¿Miedo?

Miedo a perderlo. Ése es el único miedo. Que te critiquen, que se ríen de tí, que te expedienten. Nada comparado a la idea de perderlo. ¿De qué te sirven la propia estimación y la buena imagen sin él? El día que te deje. Entonces desaparecerás. Pero mientras tanto, nada de escrúpulos, ni de prejuicios, ni de reparos.

No tienes alternativa
El cáliz
Hasta las heces

Te levantas de la mesa, te acercas al mostrador y pagas.

Y compras una caja de hojaldres.

Es muy goloso.

Isabel de Freyre

A un corazón herido de silencio

(metro al itálico modo)

le queda confiar en lo que quiere
aunque de lo que quiere desconfíe,
que querer es fiarse y, si nos hiere,
hacer del duelo amor, por que nos fie.

Pero si amor no presta confianza,
pero si a voluntad estorba el brío
de querer por no oír a la añoranza
del corazón vibrando en el vacío;

pero si turba a corazón la pena
de querer solo a solas, y no halla
sino el silbo que aturde y enajena.

no desespere el alma la mudanza
del gesto de sigilo en el que apena,
que no es menos amor el que más calla.

Catalina de Ebia

De un corazón gozando en el silencio

...que no es menos amor el que más calla
ni es más amor el de emplumado grito,
no ignora quien amores pule y talla
buscando en el amor su plebiscito.

Que amor que en el silencio fía amando,
sostiene, escuda, ampara y hermosea
cuanto otro amor fluyendo y confiando
encauza, aventa, exhibe y paladea,

ni a soledad ni a penas se consiente;
mucho es el corazón que le devora
y es mucha la esperanza resistente

para morir de amor desesperando.
Que no es menos amor el más prudente
cuando es sólo el amor quien lo enamora.

Joaquín Copeiro

Desde Guantánamo

A mi amigo Mariano

Me han quitado la luz,
mi amor,
y ya no puedo ver el cielo azul
contra el que recortabas
tu franca silueta
en cada amanecer.
Tus pechos de gacela
me daban nuevos bríos,
y el alma de tu hermosa cabellera
mostrábame el camino hacia la gloria.

No me dejan beber
el amado perfume de tus manos,
tu aliento,
el soplo de tus besos en mis labios,
el aire de tus cantos, de tu risa,
la brisa de tus ojos verde mar.

El silencio me abruma:
ni pájaros,
ni agua,
ni viento.
Sólo tu voz, allá en el fondo.

luchando por sobrevivir
al bronco trepidar de los misiles
y de las explosiones contra el hambre.

No sé quién es Bin Laden;
sólo tu voz me alegra el llanto
difuminada en eco de una muerte
que no es sino mi muerte:
un sueño.

Me han forrado las manos,
también,
para que ya no palpe
la arena de tus playas,
ni endulce beso a beso tus promesas,
ni con mis dedos vuelva a dibujar mi nombre
en la tersura de tu piel amada
que tanto acaricié bajo las bombas
de los occidentales.

Y antes que estar en esta jaula
y no ver las montañas de tu cuerpo,
y no oír los latidos de tus fuentes,
y no oler el perfume de tus bosques,
y no poder pensar en ti
mientras toco mi sexo torturado,
hubiera preferido, amada mía,
morir hecho una tea
en el piso más alto
de las Torres Gemelas
el once de septiembre.

Julianna Gallardo Laufenberg

Democracia

Tú, que nos llegas a través de los siglos,
que naciste entre los elocuentes discursos
y nobles ideales
de los templos de Atenas,
donde los grandes pensadores rezaban a la Razón.

Tú, que viviste tu adolescencia en el año 1215,
a unos cuantos kilómetros fuera de Londres,
fuiste adulto en ese día, tu *jour de gloire*,
en que derrumbaste La Bastille y Le Palais de Versailles.

Tú, que fuiste la última esperanza de las colonias del Nuevo Mundo,
¿por qué nos has traicionado?
Mientras los yanquis y los tories luchaban en Virginia,
una raza se enterraba en Rodilla Herida
y los que se liberaron de la monarquía castellana
fueron los mismos asesinos de Moctezuma.

Tú, democracia,
te impones con la fuerza del B-52 y la bomba atómica
y, desde el norte, pretendes subyugar al sur,
mientras de occidente a oriente predicas
Liberté, Égalité, Fraternité.

En Bombai están quemando a las novias.
En Tánger la marea del Estrecho susurra el sinfín
de una segunda oportunidad
-y la marea es mentirosa-.

En Chiapas, en Tlatelolco, en la Plaza de Tianemen,
la Justicia es silenciada a golpes y a tiros
y la Libertad se compra, y es un billete de ida.

En Belfast los católicos están cayendo como moscas..
En Bizkaia y en Gipúzkoa son los periodistas o...
En Kandahar son las mujeres...

Tú, que fuiste nuestro destino glorioso y eres ahora nuestra condena,
no has sabido arrancar
la Desdicha y la Rabia
de la caja negra del corazón,
no has sido capaz
de salvarnos de nosotros mismos.

Juan Carlos Pantoja Rivero

Estaba en la foto

No sé si está bien que sea yo quien diga que la gente me aprecia, que me llevo bien con todo el mundo y que tengo una cierta influencia entre mis amigos y conocidos. Tal vez parezca un tanto presuntuoso, pero la verdad es esa; los que me tratan siempre dicen que soy una persona excelente, amable, agradable y casi siempre imprescindible. No hay reunión que no se anime con mi presencia y son pocos los que no reconocen mi don de gentes, entre ellos el estirado de Guillermo, que siempre se comporta ante mí con un aire de superioridad y un tono desdenoso que yo atribuyo a la envidia, ya que él suele pasar desapercibido en las reuniones y todos le hacen de menos, poniendo poco interés en sus palabras.

Todavía recuerdo con nitidez el día en que conocí a Guillermo. Fue en una fiesta en casa de Carlos, una de esas fiestas fantásticas a las que acude tanta gente y donde es tan fácil entablar relaciones de todo tipo. El salón estaba lleno de gente cuando yo llegué, y había grupos por todas partes, charlando amistosamente. Carlos anunció mi llegada con solemnidad, como lo hubiera hecho el más elegante mayordomo de la más lujosa mansión. Muchos de los invitados se volvieron para saludarme, como solía ocurrir siempre que yo llegaba a cualquier reunión (perdóneseme una vez más la falta de modestia) y se acercaron a mí sonrientes, demostrando francamente su alegría ante mi llegada. Saludé a todos efusivamente, palmeé muchas espaldas

(Agustín, José Manuel, Ernesto, Luis, José María, Julio, Antonio ...) y besé muchas mejillas (Ana, Candela, Eva, Sagrario, Carmen, Amparo, Teresa ...). Aparte quedaban otros grupos cuyos componentes se limitaron a volver la cabeza hacia la puerta del salón, sin duda atraídos por la voz engolada del anfitrión al anunciar mi presencia. De esos grupos hubo también quien se acercó a donde yo estaba y pidió a Carlos que nos presentara, argumentando que habían oído hablar mucho y muy bien de mí. Otros permanecieron distantes, indiferentes ante mi llegada y ante el revuelo que ésta había producido en la mayoría de los invitados a la fiesta: sin duda no sabían nada de mí y sentían un cierto reparo en comportarse como los demás; se les veía a todos un tanto ajenos y tal vez incómodos. Sin embargo, Carlos se encargó de romper el hielo haciendo las presentaciones de rigor, sin dejarse ni uno solo de los invitados sin identificar. Entre estos últimos se encontraba Guillermo.

Desde el momento mismo de las presentaciones, Guillermo no dejó de mirarme con una cierta impertinencia, como retán dome con la mirada, desde esos ojos que parecen taladrar y que tienen la capacidad de captar las imágenes de forma indeleble, como si hicieran una fotografía cada vez que miraran. De hecho, se presentó a sí mismo como fotógrafo, detrás de una sonrisa medida y artificial con la que pretendía, al parecer, resultar simpático, aunque a duras penas lo conseguía. Intercambié con él una sarta de tópicos y banalidades, y luego me uní a uno de los grupos, donde estaban Amparo y Teresa, a las que hacía tanto que no veía. Recuerdo que la fiesta se me hizo incómoda, con la presencia constante de Guillermo, que parecía mirarme siempre, desde todos los lugares: cada vez que yo dirigía la vista a donde él estaba, me encontraba con sus ojos fijos en mí, penetrantes y duros, como si me miraran con odio.

Desde entonces todos nuestros encuentros han sido bastante fríos, dominados por una falsa corrección impuesta por los convencionalismos, pero con el reflejo evidente de una relación

superficial y poco grata para ambos. Ni Guillermo ni yo podemos evitar el desagrado que nos producimos mutuamente. Tal vez por eso él trata de hacerme sombra, de ocultar mi éxito social, aunque a mí me es bastante indiferente; al fin y al cabo, ¿qué puede importarme la opinión negativa de un tipo como él, insignificante a mis ojos, con el que no tengo más relación que la que imponen las normas básicas de la convivencia y la educación?

Sin embargo, lo peor estaba por llegar; lo que a simple vista era tan sólo una actitud hostil frente a mí, terminó convirtiéndose en una inquietante pesadilla de la que me resultaba imposible escapar. Guillermo no se conformaba con representar el papel de superioridad que se había atribuido y que siempre mantenía en mi presencia; además se burlaba en silencio de todos los que reconocían mi saber estar y, sobre todo, se hacía visible en los momentos más insospechados, como si estuviera dotado del don de la ubicuidad. Me lo encontraba en todas partes, como al azar, mirándome siempre con la misma expresión de desdén que parecía estar dibujada en sus ojos, saludándome con la falsa cortesía que le caracterizaba, desde lejos, con un leve y casi imperceptible movimiento de la mano derecha. Yo le correspondía con un gesto similar, mientras me preguntaba cómo era posible que coincidiéramos tan frecuentemente en una ciudad tan grande.

Mientras, yo seguía disfrutando del aprecio continuo de cuantos me rodeaban, del éxito innegable de mis conversaciones, del placer constante de ser el punto de referencia de tantos y tantos amigos. Acudía a las fiestas con la certeza de ser esperado con impaciencia y, precisamente por eso, me gustaba llegar siempre más tarde de la hora, para recrearme en el inefable cosquilleo que me producía la inquietud contenida de los que deseaban mi llegada. Sin duda, algo en mi interior me impulsaba a actuar de esta forma, buscando una satisfacción superficial, un alimento para mi ego que, imperceptiblemente, debía de irme convirtiendo en un engreído y en un fatuo. Visto desde fue-

ra, yo mismo me consideraba un tipo vacío, pendiente tan sólo de preservar ese éxito social, sin importarme demasiado si mi comportamiento era el más correcto o si mi actitud ante los demás era la más adecuada. Todo eso me daba lo mismo, con tal de no perder mi fachada de hombre admirado y aceptado por todos, mi imagen de figura imprescindible en cualquier parte. Y lo mejor era que los demás no me permitían salir de mi creciente egolatría, con sus palabras de admiración, con sus carcajadas tras mis chistes, con sus sonrisas imborrables en mi presencia.

Sólo las apariciones de Guillermo, tan extrañas como persistentes, oscurecían mi felicidad, ya que parecían estar producidas por alguna rara conjunción de casualidades que se escapaban a toda lógica y que yo no era capaz de controlar, ni tan siquiera de prever. Era como si una fuerza superior nos hiciera coincidir en los lugares más inesperados, convirtiendo al fotógrafo en una especie de recuerdo insistente, en una encarnación de mi conciencia, que se hacía visible para contrarrestar mi vanidad y mi narcisismo. Porque en su presencia, todos los placeres de mi éxito social se desvanecían, y yo me sentía pequeño, insignificante, en el polo opuesto de mi posición privilegiada de siempre.

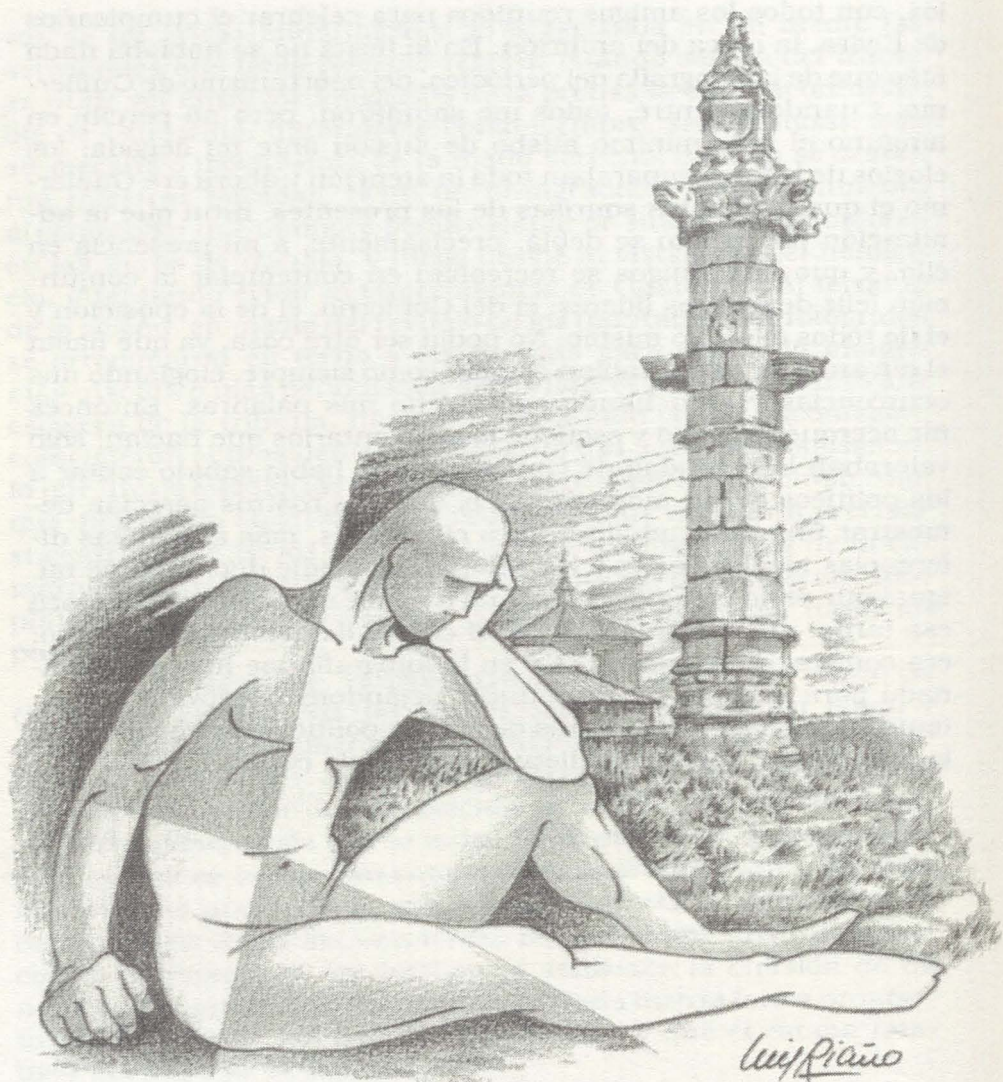
Mi inquietud llegó a los límites de lo soportable cuando sucedió lo de la foto. No he dicho aún que trabajo de ujier en las Cortes, pues no venía al caso, pero ahora se hace necesario conocer este detalle para que mi relato tenga sentido. Estoy acostumbrado a los flashes tanto como a la cercanía de los más relevantes líderes políticos, y nunca he prestado atención a las decenas de fotografías en las que, en un segundo plano, aparezco tras el presidente del Gobierno o tras el secretario de la Mesa del Congreso. Se podría decir que mi indiferencia ante esas fotos es el fruto de una costumbre laboral que no pasa de ser tan rutinaria como el propio trabajo que desempeño. Sin embargo, en una sesión del último debate sobre el estado de la nación, hubo algo nuevo, algo que se salía de lo normal. Mientras hablaba el porta-

voz de un grupo minoritario y yo organizaba en mi mente las actividades que tenía previsto realizar cuando saliera del trabajo, pude ver entre los fotógrafos de la prensa la cara inconfundible de Guillermo, mirándome como siempre, saludándome con su mecánico movimiento de la mano derecha, cuando se cruzaron nuestras miradas. Sentí un desagradable estremecimiento al comprobar que tampoco podía escapar de sus ojos escrutadores en las horas de trabajo, y luego desvié la vista hacia el hemicíclo, intentando evitar la impertinencia de Guillermo. Al término de la sesión, en medio del revuelo de los diputados, los fotógrafos se arracimaron en torno a las puertas para captar la imagen más insólita o más periodística de los líderes políticos. Junto a la escalera de la tribuna, muy cerca de donde yo me encontraba, coincidieron el presidente del Gobierno y el líder de la oposición, lo que atrajo a todas las cámaras y, entre ellas, a la de Guillermo, que disparó su objetivo varias veces, aunque no podría precisar si centrándose en los políticos o en mí: incluso detrás de la cámara podía percibir la mirada fría y continua de Guillermo, amplificadas ahora por el potente objetivo que se dirigía hacia mi posición.

Al día siguiente, la foto ilustraba la portada del diario de Guillermo. En ella, los dos líderes ocupaban el primer plano y detrás, mirando fijamente a la cámara, estaba yo, más visible casi que los políticos. Sin embargo, el pie de foto me ignoraba: «El presidente y el líder de la oposición se saludan al final del debate». Mi vanidad exigía que se indicara mi presencia, pues yo también estaba en la foto. No entendía por qué ellos iban a ser más importantes que yo, que tanto hacía disfrutar a mis amigos y conocidos en todas las reuniones; me sublevaba absurdamente contra el imperio de los políticos y achacaba la omisión de mi nombre a la malicia de Guillermo: sin duda hizo la foto a propósito, para hacerme ver que yo no era nadie y que él estaba también por encima de mí.

Mi desolación aumentó esa misma tarde, en casa de Car-

los, con todos los amigos reunidos para celebrar el cumpleaños de Elvira, la chica del anfitrión. En la fiesta no se hablaba nada más que de la fotografía del periódico, del oportunismo de Guillermo. Cuando yo entré, todos me saludaron, pero no percibí en ninguno el más mínimo atisbo de ilusión ante mi llegada; los elogios de la foto acaparaban toda la atención y ahora era Guillermo el que recibía las sonrisas de los presentes. Intuí que la admiración por la foto se debía, precisamente, a mi presencia en ella, y que mis amigos se recreaban en contemplar la conjunción feliz de los tres líderes: el del Gobierno, el de la oposición y el de todos ellos, yo mismo. No podía ser otra cosa, ya que hasta el día anterior todos habían estado, como siempre, elogiando mis ocurrencias y escuchando con deleite mis palabras. Entonces me acerqué al grupo y escuché los comentarios que hacían: sólo valoraban la habilidad de Guillermo, que había sabido captar a los políticos en un momento en el que sus rostros parecían demostrar una amistad sin límites entre ellos, más allá de las diferencias ideológicas que les separaban. Nadie dijo nada de mí, igual que si no estuviera en la foto o no me conocieran. Tampoco esa tarde, ni las siguientes, fui el centro de atención del grupo: era como si mi presencia real en la fotografía me hubiera eliminado para siempre de mi mundo, dejándome inmóvil e inexistente en la imagen fija, detrás de los dos políticos convocados por la mirada múltiple de Guillermo, conjurada contra mí.



Luigi Riccio

Joaquín Copeiro

El carrito de la compra

Aquel viernes fue la primera vez, Adriana ¿Te acuerdas? Habías llenado el carrito hasta los topes, que contigo echaron veinte minutos en la caja del supermercado. Pero desde que te mudaste al barrio, a ese comfortable piso en que vives, que tiene el suelo entarimado, las paredes de texturglás, ventanas de peuevecé, una cubierta moderna, sin tejas, que ¡dónde va a parar!, ascensor, piscina y conserje, siempre que compras en el súper de Zoco-Europa, atiborras el carrito -pagas con tarjeta, porque nunca bajas de los doscientos euros, y jamás te llega el metálico del bolso- y te vas con él hasta la mismísima puerta de tu piso. Y aquel viernes fue la primera vez que te llevaste la compra con el carrito hasta tu casa.

Era un día de primeros de julio, en vísperas de largaros una semanita de vacaciones. Federico había alquilado, como desde que nació la niña, un apartamentito en Calpe, de los de Miramar, en esa playita que da gusto, Dios, de tanta playa, aunque estés rodeada de franceses y alemanes por todas partes menos por esa que siempre se te enciende cuando estás con Federico tomando el sol en la toalla, y con la niña jugando con la palita y el cubito, y él entonces se estremece atorado y se pone boca abajo para esconder sus vergüenzas, o se echa encima *El Marca* para camuflarlas, porque, Adriana, como a vosotras no se os aprecian con tal evidencia los efectos enervantes de la sangre caliente bajo los bañadores, pues te aprovechas, y en cam-

bio, cuando la niña está durmiendo la siesta en el apartamento, tú, Adriana, te empeñas en colgarte del televisor para ver a la Campos o a la Campitos, y el pobre Federico ha de aferrarse a la crónica del último partido de entrenamiento del Madrid, que para el caso... , y, resignado, ha de esperar a ver si esa noche las cosas se presentan de otra manera y hay más ocasión de celebrar las vacaciones con un buen...

Pues aquel viernes, llegaste con el carrito hasta la bandera. Y claro, bajar con él la cuesta de la calle Roma o Atenas, bien, muy bien. Pero ¿y subir de nuevo la cuesta para devolver el carrito, una cuesta que ni la del Cristo de la Luz, que hay que empujar el carrito con brío para que no se te venga encima, peor, muchísimo peor que cuando subías a Zocodover con el cochecito de la niña, que, bueno, en realidad era Federico el que llevaba el cochecito, una cuesta de un desnivel tan desproporcionado, tan inhumano y tan falta de misericordia? Descargaste el carrito, pues, y el hueco de la escalera se te presentó como una tentación salvadora, y más cuando pensaste que tendrías que preparar todo cuanto ibais a llevaros a la playa, que era mejor, muchísimo mejor y más económico, cargar el maletero de comida para evitar ir de compras en Calpe, sólo el pan y el agua, que allí los precios se desmadran y no hacen más que atravesarte en el alma y en el estómago, como un cocido sin digerir, la semanita de playa. Y eso que Federico hace cuanto puede, el pobre, para que la estancia en el apartamento sea cómoda e inolvidable. Primero, quita la carcasa del plafón de la cocina, porque da una luz amarillenta, impropia y, ¿cómo te diría?, de autarquía, como de cuando las moscas dominaban la Tierra, y, ¡claro!, ni para freír un huevo. Así que Federico le quita la carcasa al plafón y coloca una bombilla de cien vatios que tú previamente le compras en el Alcosto de Zoco-Europa, y la cocina se ilumina como la playa, que hasta *te pone* un poco, todo hay que decirlo, allí mismo, mientras él prepara la cena de la niña y tú lo abrazas por detrás con manos inquietas y juguetonas, y él te reprime de nuevo, Adriana,

que no estamos solos, que está la niña, que no se entera, hombre, que te crees tú eso, cariño. Luego, Federico, tal vez para recomponer su circulación, para sosegarla, y también para satisfacerte, decide mover los muebles, arrinconar la mesita del tresillo, centrar la de comedor para ver mejor la tele mientras coméis, esquinar el sofá, sacar los sillones a la terracita, que son un estorbo y nadie los va a utilizar durante la semana; en fin, toda una serie de cambios que pretenden hacer del apartamento un hogar lo más parecido posible al vuestro. Y cuando la niña se duerme, ¡Federico, llévatela a la cama!, entonces tu hombre, que probablemente ande maquinando desde el calentón de la playa el pegarse una fiesta contigo esa misma noche, y que cuando le has metido mano en la cocina se habrá puesto a doscientos por hora, vuelve con las almohadas, que son muy altas, demasiado incómodas, y se os ha olvidado traerlos la vuestra, busca unas tijeras, aguja e hilo, y, con una paciencia infinita, las abre por los laterales, les vacía media carga de esponjitas, y las vuelve a coser para aproximarlas todo lo posible a la altura y la blandura muelle de aquellas a las que estáis acostumbrados, porque de otra manera no pegarías ojo, Adriana, y tú has ido a Calpe a descansar.

En el hueco de la escalera, aquel viernes, aparcaste en fin el carrito para que fuera Federico quien lo subiera hasta Zoco-Europa, y mientras volvías al piso, en el ascensor, pensaste que tal vez sería bueno que os llevarais unos kilitos de melocotones para coméroslos a media mañana en la playa, tan refrescantes y jugosos como son, y con lo que le gustan a la niña. Así que llamaste a Federico por teléfono y le dijiste que, cuando saliera de la oficina, se pasase por Alcosto, y compras tres o cuatro kilos de melocotones duritos y rojos, que se me han olvidado. Y sí, lo hizo, que tus palabras son órdenes, y aquel verano os ibais a la playa con seis melocotones cada día, dos por cabeza, que Federico pelaba pacientemente con su navaja multiuso, temiendo que alguno se le resbalara al pelarlo, que parecen peces vivos, porque

en ese caso, Adriana, él tendría que lavarlo en el mar y comérselo, que tampoco están las cosas como para andar tirando los melocotones porque en el primer bocado se perciban algo *sabrositos* y rechinen un poquito entre los dientes, que yo es que no puedo con ese sabor. Fede, no me gustan, y no se lo vas a dar a la niña, mi amor. Y Federico, obediente, y resignado a que hubiera pasado la época en que sólo comieran huevos los padres de familia, se zampaba el melocotón como si de un tomate con sal se tratara, en tanto que la niña se reía y se reía y se reía, y a ti, Adriana, te daban ganas de comerte a tu hombre allí mismo, en medio de aquella muchedumbre de franceses y alemanes que infestaba la playa; y al día siguiente se repetía la operación, porque tú, Adriana, te negabas a mondar la fruta, y al pobre Federico se le volvía a escapar alguna pieza, ¡hostias con los melocotones!, y tú, ¡Fede, la niña!

Pero ahí no quedó la cosa, porque después de aquel carrito que aparcaste en el hueco de la escalera, al mes aparcaste otro más, que Federico tampoco devolvió al súper, y luego otro, y otro más y otro y otro y unos cuantos más, de manera que, al final, no te decidiste a pedirle a Federico que los acercara hasta Zoco-Europa, porque comprendías que aquello ya era una auténtica barbaridad, pero qué le ibas a hacer, tú no podías comprar menos cantidades y tampoco tu columna resistía el venir cargada desde el súper o subir la cuesta con el carrito. ¡Once carritos, Adriana, un verdadero arsenal en tu guerra por el mantenimiento de la intendencia y la felicidad de tu hijita, que, cada vez que aparcabas otro carrito en el hueco de la escalera, se quedaba con la correspondiente moneda, y todos los carritos quedaban encadenados como si en lugar de hueco de escalera, se tratara de entrada de supermercado! Sí, Adriana, reconoces que ha sido un despropósito, pero chica, ¡tú qué ibas a hacerle! ¡Si la niña se hubiera callado, si no se le hubiera ocurrido soltar al lado del agente de seguridad del súper aquello de que mamá, con éste ya tenemos una docena de carritos, que los he contado, y si no se te hubiera

acercado el agente y te hubiera requerido para que confesaras, señora, ahora mismo me va a aclarar las palabras de la niña, y tú, ingenua, no hubieras contestado con que señor agente, mi marido, que no se decide a devolver los carritos, por la cuesta, en ese caso no te hubieran hecho pasar al despacho, ni te hubieran pedido el carné y tu dirección, ni el nombre completo de tu marido, ni hubieran recuperado los carritos, ni hoy, precisamente hoy, tres de julio, víspera de vuestro viajecito a Calpe, de vuestro maravilloso viajecito al apartamento de Calpe, en donde Fede, tu Fede, Adriana, removería, de ir, los muebles, cambiaría las luces, arreglaría las almohadas, ¡no, esta vez no, que habíais cogido las propias!, pero sí, pobrecito tuyo, volvería a degustar los melocotones saladitos, y se iría cada día a las ocho de la mañana a la playa para clavar la sombrilla, extender las toallas y coger sitio, y me meo, te protestaba el pobre, lastimero, también me meo para marcar el territorio, pobrecito tu Fede, que tú lo entiendes, que tener que salir escapado cada mañana a las ocho cuando a esa horas él está como un rinoceronte y tú roncando, pues debe de fastidiar, pero es que sí no, Adriana, no hay quien consiga sitio en primera línea, pues hoy, precisamente hoy, no estarías temblando, temerosa de que Federico apareciera y no tuvieras más remedio que hacerle entrega de la citación del juzgado en la que se le conmina a acudir el próximo lunes ante el juez para afrontar la demanda que por ladrón de carritos ha presentado Alcosto contra él.

Conque ¿qué vas a hacer hoy, precisamente hoy, en las puertas de tu viajecito a la playa, y en lugar de exponerte a una buena reprimenda de tu Fede, sino dejarle la citación del juzgado y una notita explicativa, coger a la niña y largarte con ella a Calpe, cambiar apartamento por hotelito y disfrutar del sol y la arena hasta que el pobre Federico pueda reunirse con vosotras?

Julianna Gallardo Laufenberg

Flash/impresiones

Desde aquí al horizonte es todo azul. Todo lo que veo por delante es una superficie azul que se mueve bajo la brisa ligera que refresca la tarde. A mis pies, y extendiéndose detrás de mí unos trescientos metros, el calor seco de la arena se desliza entre los dedos, mientras busco una excusa para posponer ese momento un poco más. El mundo está lleno de transparencia, de lo que no se ve, y parece que yo estoy sola sobre la arena, en la orilla del mar.

Pero en este lugar nunca estoy sola. En muy pocos momentos de mi vida he estado sola, pero nunca aquí. En la frontera entre lo sólido y lo líquido, yo observo a través del aire la pelea. Sube la marea, comiéndose a mordiscos la playa. En la pausa entre olas, la arena se queda inmóvil. La playa tiene esa gracia de pasividad pacífica. No hay necesidad de venganzas ni remordimientos. La arena acepta el acoso del agua, yo lo espero.

Aquí, en esta orilla, es donde vengo cuando no quiero sentirme sola. Llego herida, buscando consuelo en el mar. Esta agua contiene todos mis recuerdos y mis penas, y cada vez que vengo se los dejo para irme limpia y nueva.

Esta playa es mi refugio, donde la encuentro en la soledad. Su espíritu penetra en cada gota de agua, y sube entre las olas hasta descubrirse ante el aire. Penetra en el aire que barre la superficie del agua hacia la orilla, y me sobreviene la onda de sol y paz.

Aunque haya pasado tanto tiempo, cada vez que el agua me llega hasta los tobillos, me mareo. El pasado vuelve a acercarse a mí e, inconscientemente, tiemblo. El recuerdo se apodera de mí y remonto atrás en el tiempo hacia aquel momento en que la perdí.

* * *

Ya sentí, desde los primeros momentos en que recibí la noticia, todo el peso de los años que vendrían y se irían sin ella: mamá. Un *flash* de imágenes grises, blanco y negro, que se fundían en un mismo dolor, todos los instantes que me quedaban por vivir, y cada uno despojado instantáneamente de esa luz que era ella. Los mil colores de su presencia, y la rabia desesperadamente roja de la impotencia, de la inutilidad de intentar esconder el dolor ante esa intrusa que nos entregó la noticia.

El huracán que me trastornó el vientre, cuando sentí entrar a mis espaldas a la tía Emilia, hizo trizas su jaula y huyó hacia el norte hasta quedarse anidando entre el corazón y la garganta.

Cualquier visita de la tía Emilia tenía que ser mala... Cuando entró victoriosa en nuestra casa ese día, lo supe por el estremecimiento en el aire. Algún matiz oscuro en el ruido que hizo la llave en la puerta, la persona que la abría tardaba demasiado como si no estuviera acostumbrada a ello. Además de nuestra madre, solamente la tía Emilia tenía la llave de nuestra casa.

El mundo se compadecía de nuestro dolor. El aire que entró en la casa al abrirse la puerta susurró ligeramente al pasar por el zaguán y nos erizó el pelo de los brazos. Marco también lo notó. Le vi acariciarse la cicatriz en la rodilla que le quedó de sus peleas de niño. Miré su mano en la rodilla y mi corazón latió una sola vez, lento y sombrío. Levantó la mirada hacia mí y juntos nos dimos la vuelta hacia la puerta.

* * *

Sacudo la cabeza y abro los ojos. Estoy otra vez en la playa. Estoy tumbada boca arriba sobre la arena, que soporta mi cuerpo con firmeza, como si dijera *no caerás*. El cielo brilla azul con una luz propia. No veo el sol, aunque no lo tapa ninguna nube pasajera. Empiezo a sospechar... Con las manos agarro puñados de arena, como si me aferrase a mi cama para no caerme al suelo. Cierro los ojos, aprieto los párpados para que se me pase el espejismo, pero de nada sirve. Cuando vuelvo a abrir los ojos un momento más tarde, la misma visión se presenta ante mis ojos: el cielo que brilla sin sol.

El pánico empieza a infiltrarse en mi mente. Sé que estoy soñando, esto no puede ser real. Lo que no me consta es que sea un sueño, porque podría ser una pesadilla. Todo mi cuerpo se pone tenso, agarro puñados de arena como si estuviera amarrada a la playa sin poder levantarme. Giro la cabeza de un lado para otro, esperando en cualquier momento la llegada de mi enemigo.

La angustia se refleja en mi rostro, y ruedo por la arena para exponer la espalda y proteger la cara. De repente me doy cuenta de que no estoy atada a la playa. ¡Puedo moverme!

Me pongo de pie tan rápido como me es posible y me quedo tambaleándome sobre la arena. No hay nadie. Doy vuelta tras vuelta, como los perros que persiguen su propia cola, intentando ver de dónde viene. Mi mundo está dividido en dos: mitad mar, mitad playa. Yo estoy indecisa en la frontera. Pertenezco al aire.

Quisiera volar, quisiera correr, para irme de aquí. No quiero que esto sea una pesadilla pero tengo la poderosa sospecha de que lo es, y que lo es porque no quiero que lo sea. Así son las pesadillas.

Es urgente que huya, pero no sé a dónde ir porque el mal presentimiento que se forma está dentro de mí. Tengo que separarme de él... surge la sombra en mí. Sube desde mis entrañas y me llena el corazón con su fuerte melancolía.

Me rebelo contra la pesadilla, me niego a seguir. Ésta es

mi playa, es mi pedacito de mar, expulso a todo lo demás. Éste es mi paraíso particular y lo defenderé. El espíritu de mi madre vuelve a llamarme, pero sólo lo escucho yo.

La sombra se confunde y se escurre sobre la playa, huyendo del agua. Yo, en cambio, me tiro al agua. Entro sin miedo, corriendo entre las primeras olas, tibias, hasta que pierdo contacto con el fondo y empiezo a flotar. El agua ya está fría, pero no me importa. No tengo frío, estoy feliz, me hundo, ya no necesito respirar. No me asfixia el agua que ahoga mis pulmones, no sufro ya. No peso, estoy llena de agua, estoy vacía, ya no hay sombra en mí.

No lucho contra mi caída. Muevo ligeramente los brazos y las piernas, y ya no noto el descenso. No importa que abra o cierre los ojos porque veo todo igual. Miro a mi alrededor y lo único que veo es azul. Si cierro los ojos, veo negro. Estar aquí es como estar dormida. Si mantengo los párpados cerrados durante un tiempo, poco a poco el azul penetra en mis ojos y ya no sé dónde estoy.

El agua no me moja, pero no estoy seca. El agua es blanda y me acaricia cariñosamente. Es lo que siempre he querido hacer: meterme en el mar. Nunca antes podía hacerlo. Esta vez me he salvado, he sido capaz por fin de superar la pesadilla.

Una corriente en el agua mece mi cuerpo, y me doy la vuelta. El mar me susurra, y sonrío. Mi madre me canturrea la melodía más dulce y me dejo llevar, ya no estoy soñando.

Handwritten text, mostly illegible.

Handwritten text, mostly illegible.

Handwritten text, mostly illegible.

Handwritten text, mostly illegible.

Handwritten text, mostly illegible.

Handwritten text, mostly illegible.

Handwritten text, mostly illegible.

Handwritten text, mostly illegible.

Handwritten text, mostly illegible.

Handwritten text, mostly illegible.

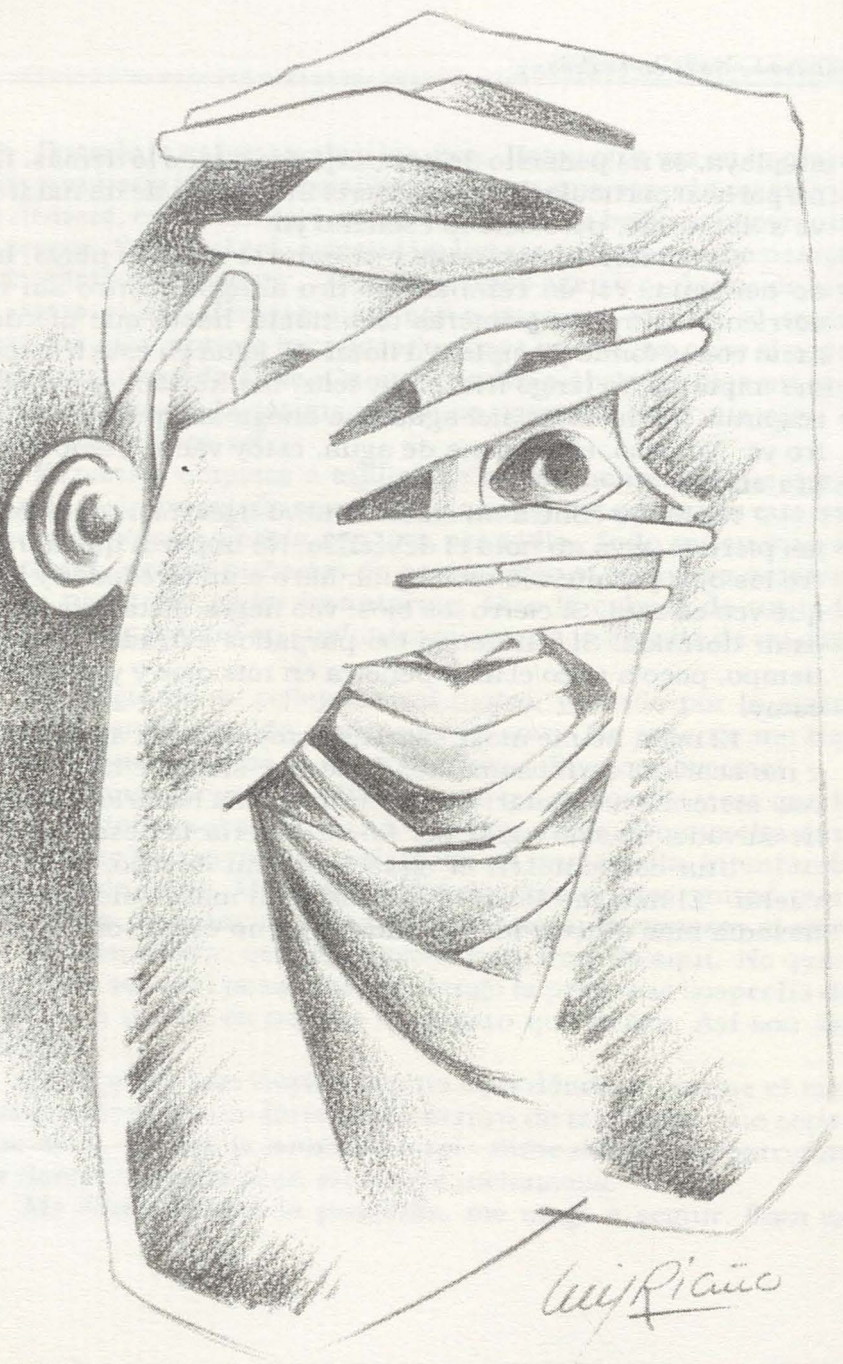
Handwritten text, mostly illegible.

Handwritten text, mostly illegible.

Handwritten text, mostly illegible.

Handwritten text, mostly illegible.

Handwritten text, mostly illegible.



Luis Riano

Manuel Quiroga Clérigo

Los instantes de calma

PAJARITO BAÑÁNDOSE EN UN CHARCO (ANTOLOGÍA)

Autor: Amador Palacios.

Edita: El Toro de Barro, Cuenca, 2001

A veces la poesía es un estado de ánimo, otras es una colección de imágenes pero, siempre, nos habla de los instantes de calma, que diría Amador Palacios, de los paisajes geoográficos y del mundo de los sueños. Pero todo ello forma parte de los universos abiertos, aquellos que recuperan la memoria y que envuelven los actos cotidianos, los afectos, la vida. Amador Palacios, poeta albaceteño que ha visto sus versos galardonados en diversas ocasiones ha organizado su trabajo lírico y ha compuesto una antología titulada «Pajarito bañándose en un charco» que pasa a ser la historia no solo de su creación sino, sobre todo, de su visión del territorio en que la palabra es capaz de transformar y de habitar de una manera duradera. Poemas de sus libros «Billete heterónimo», «La cúspide y la sima», «Enemigo admirable» y «Tragedias sólo subjetivas» más un apéndice con versos nuevos forman este precioso volumen repleto de intenciones y de vitalidades. Antonio Lázaro, en un sustancioso prólogo, recuerda que «Entre lo dionisiaco y lo apolíneo, la poesía

de Amador Palacios renueva la imaginería (el controlado exceso) del discurso vanguardista, contrabalanceado por cierta recurrente tendencia al boceto, a lo minimal, silencio en suma». La variedad de temas, presididos todos ellos por el rumor del amor, hace que la poesía de este libro nos lleve por espacios casi infinitos, por los abiertos senderos de una inspiración repleta de sonidos y de esperanza. «*Hoy me miro al espejo / y al Xristo que reflejo en el espejo / le pregunto por qué me ha abandonado*», exclama el poeta. Y luego sigue una sucesión de suspiros, de ternuras, de avisos para recordar el pretérito o construir el futuro. Hay un delicioso «Poema» dedicado a Lorenzo Martín del Burgo: «*Hay días, inscritos en los del destierro, / tardes que se prometen como un fin. / Esos días vienen teñidos de diversos augurios, / pesadumbre, melancolía, algo de bienestar. / Y esas tardes, inalcanzables, / guardan un extraño elixir*». Palacios ha indagado sobre corrientes poéticas, sobre autores de su cercanía y en torno a obras de otras poesías, que ha traducido. De ello ha quedado una progresiva actividad como crítico que, también, puede haber influido en sus propios versos. Así cuando recuerda aires de Lisboa, la figura de Beatriz Portinari o aquella Laura a quien Petrarca dedicara sus rimas enamoradas. O sea todo un mundo de sonidos y añoranzas.

Los umbrales lejanos

CINCUENTA AÑOS, CINCUENTA SONETOS (ANTOLOGÍA

Autor: Juan Alcaide Sánchez.

Ediciones Rialp. Madrid, 2001,

Juan Alcaide Sánchez nació en Valdepeñas en 1907 y murió en una prometedora juventud creadora en 1951. Su quehacer poético es amplio y ferviente, muy ligado a su tierra y a sus gentes, a la vida y a los afectos. Incluido en la llamada Generación del 36, Alcaide dedicó su mejor inspiración al soneto, escribiendo en las clásicas facturas de cuartetos y tercetos gran parte de su obra, como queriendo dejar patente su amor por esa tradición lírica que iniciara Garcilaso. La Asociación de Amigos de Juan Alcaide y personas como Antonio Sánchez, los hermanos Creis, el entrañable Ambrosio Fillol y un largo etcétera han conservado la obra y la memoria del poeta de «Mimbres de pena» y al cumplirse los cincuenta años de su desaparición han encomendado a Rialp la edición de este libro que aparece en la señera colección Adonáis. Es un homenaje cálido y cordial para recordar a un creador intenso, cercano a las sensibilidades del habla hispana y de la tierra que le vio nacer, esa Mancha abierta a todas las insinuaciones y hermanada con pueblos y ternuras. El soneto titulado «Hoy» comienza así: *«Llegué al umbral lejano, y no hallé nada»*, pero las andanzas del poeta dicen lo contrario. Aquí tenemos sonetos dedicados al vino, a los grandes poetas o pintores, a gentes del campo y la ciudad, a los mundos clásicos, a Galicia: *«Vigo es tu amor y tu martirio, amiga, / Él es tu marinero*

y tú le esperas. / Sobre tu costa embrumas tus ojeras / con un mimoso orballo de cantiga. / Tú eres la claridad y él es la intriga. / Tú, la dulce oración..., lanchas pesqueras... / Por Vigo, entre las jarcias extranjeras. / la brújula ambiciosa, se fatiga. / Firme alero nostálgico y lejano, / la anduriña te ensueña y te ambiciona, / santa en la brevedad de tu verano. / Tu gaita la recibe y la adormece; / -Cuéntame de mi amor, que me abandona... / Y el viento, que te escucha, palidece». Anotaciones, dedicatorias, suspiros coronan algunos sonetos, como si el poeta quisiera situar de una manera concreta cada palabra, cada verso. Ello es producto de una sensibilidad refinada, de una inquieta necesidad de comunicarse con los demás, crear atmósferas particulares, intimidades precisas. La de Juan Alcaide es una poesía en estado puro, melodiosa, equilibrada, vital. Que este libro de homenaje sirva para que las nuevas generaciones también se acerquen a un poeta tan hondo y tan inspirado, cuya poesía se impregna de cierta religiosidad, o misticismo, al tiempo, que planea cerca de los hombres, sus paisajes y sus sueños.

Índice*[pag]*

M^a Dolores López Díaz[7,77]; Jesús Pino[12, 60]; María Antonia Ricas[16]; Manuel Quiroga Clérigo[19, 107]; Elisa Romero[24,40]; Virginia A. Lobos[25]; Miguel Ángel Curiel[28]; Adelina Esteban[31]; Jesús Rubio[34]; José López Rueda[43]; Ángel del Valle Nieto[51]; M^a Auxiliadora López Rodríguez[54]; Manuel Fernández Nieto[57]; Paco Morata[66]; Juana Marcello[68]; Gonzalo Enguita[69]; M^a Isabel Ralero[71]; Rosa Zaba[73]; Amparo Ruiz Luján[74]; Isabel de Freyre[84]; Catalina de Ebia[85]; Joaquín Copeiro[86, 97]; Julianna Gallardo Laufenberg[88, 102]; Juan Carlos Pantoja Rivero[90]



Copia digital realizada por el
Archivo Municipal de Toledo

